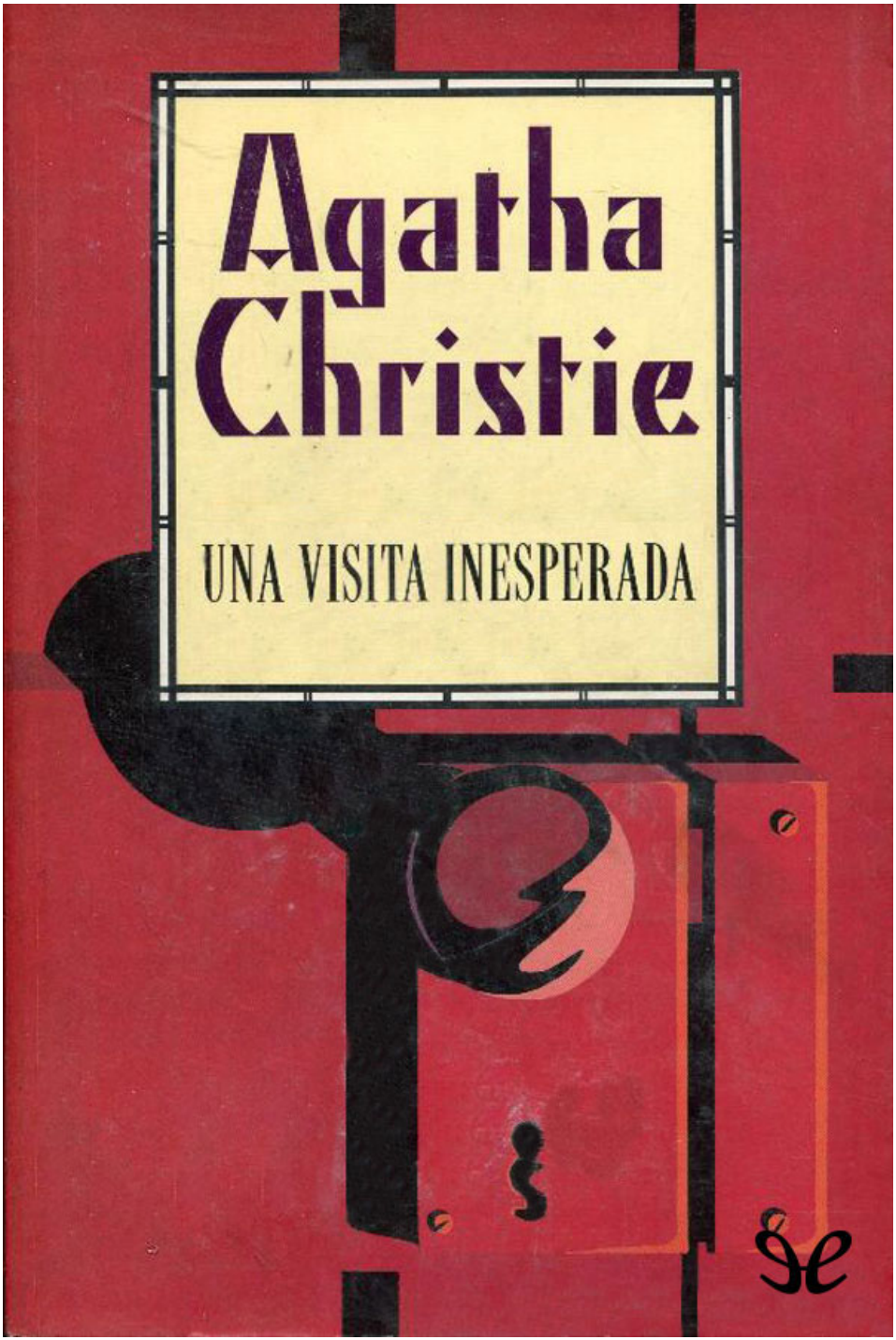
Agatha Christie

UNA VISITA INESPERADA



Una noche de tormenta Michael Starkwedder se pierde por una carretera de Gales por lo que acude a una mansión cercana a pedir ayuda, sin embargo allí descubre que se acaba de cometer un asesinato. La asesina, esposa del difunto, ha confesado. Sin embargo, algo inquieta a Starkwedder, y es que los hechos parecen evidentes… demasiado evidentes, así que en lugar de llamar a la policía, comienza a investigar por su cuenta en una casa en la que todos son sospechosos, y es que todos tenían motivos para asesinar al señor de la casa, un hombre cruel y despiadado.

Agatha Christie

Una visita inesperada

ePub r1.1
Titivillus 30.12.14

Título original: *The unexpected guest*
Agatha Christie, 1958

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PERSONAJES

Richard Warwick (Cadáver)

Laura Warwick

Michael Starkwedder

Señora Warwick

Jan Warwick

Señorita Bennet

Henry Angell

Sargento Cadwallader

Insp. Thomas

Julian Farrar

ACTO PRIMERO

La escena se desarrolla en el interior de una típica casa en la campiña al sur de Gales. La obra se desarrolla en el estudio. Se escuchan algunos esporádicos ladridos de perros y el triste ulular de un ave nocturna. Es de noche, con una intensa niebla. En la contraventana, se divisa apareciendo la figura de hombre. Atisba el interior. Al no percibir ruidos ni movimientos, golpea en el cristal. No hay respuesta. Al cabo de unos instantes ingresa en la habitación, sumida en la oscuridad.
Una vez dentro, se queda inmóvil a la escucha de ruidos o movimientos.

Michael:
¿Hola?… ¿Hay alguien? (*Alumbra la habitación con la linterna y comprueba que se trata de un estudio bien amoblado, con las paredes cubiertas de libros. En el centro de la estancia, divisa a un hombre joven, en una silla de ruedas, frente a los ventanales, con una manta en su regazo. Parece estar dormido*).

Michael:
¡¡Ah, hola!! No pretendía asustarle, lo siento. Es esta endiablada niebla. He acabado con el coche dentro de una cuneta y no tengo la menor idea de dónde me encuentro. ¡¡Ah!!, perdone, he dejado la puerta abierta. (*Cierra la puerta y corre las cortinas*). Supongo que me desvié de la carretera principal en algún momento, hace más de una hora que circulo por estos caminos llenos de curvas. (*Silencio*). ¿Está dormido? (*Alumbra el rostro con la linterna, el hombre no se mueve. Cuando lo toca para despertarlo, el cuerpo se derrumba hacia un costado*)… ¡¡Santo Dios!! (*Ilumina la estancia con la linterna y descubre un interruptor de luz. Cruza la estancia y lo enciende. Es un hombre de estatura mediana, rubio, de unos 40 años. Viste traje de tweed, abrigo y bufanda. Deja la linterna*

sobre el escritorio, y sin dejar de mirar la silla de ruedas, enciende un segundo interruptor. Se sobresalta al descubrir a una atractiva mujer, de unos 35 años, vestida de cocktail con una chaqueta al tono, de pie, junto a una estantería. Los brazos le cuelgan inertes al costado del cuerpo. No se mueve ni habla).

Michael:
¡¡Está… muerto!!

Laura:
(*Sin expresión en su rostro*). Sí.

Michael:
¿Lo sabía ya?

Laura:
Sí.

Michael:
Le han disparado en la cabeza. ¿Quién…? (*Enmudece cuando la mujer revela la mano derecha, hasta entonces oculta en los pliegues del vestido. Tiene una pistola. El hombre contiene el aliento. Cuando se da cuenta que no le está amenazando, se acerca y con suavidad, le quita la pistola de la mano*). ¿Le ha disparado?

Laura:
(*Al cabo de unos segundos*). Sí.

Michael deposita el arma en una mesa, junto a la silla de ruedas, contempla el cadáver unos instantes y mira alrededor.

Laura:
(*Señalando el escritorio con la cabeza*). El teléfono está allí.

Michael:
(*Sorprendido*). ¿El teléfono?

Laura:
Por si quiere llamar a la policía.

Michael:
(*Desconcertado*). Unos minutos más o menos, no cambian

nada. De todos modos, no les será fácil llegar hasta aquí con esta niebla; antes quisiera saber algo más… (*Interrumpiéndose y señalando el cadáver*). ¿Quién es?

Laura:
Mi marido. Se llama Richard Warwick. Yo soy Laura Warwick.

Michael:
Vaya… ¿no será mejor que se siente? (*La mujer se dirige con paso vacilante a un extremo del sofá*). ¿Puedo ofrecerle algo para beber… alguna otra cosa? Debe haber sido un *shock* para usted.

Laura:
(*Con tono irónico*). ¿Disparar a mi marido?

Michael:
Sí, supongo que sí. ¿O es que se trataba de un juego?

Laura:
(*Impertérrita*). Sí, era un juego. De todos modos, aceptaré esa bebida. (*El hombre sirve un coñac de la licorera situada en la mesa, junto a la silla de ruedas. Se lo ofrece a la mujer, que lo bebe. Pasados unos minutos, pregunta*):

Michael:
Bien, ¿qué le parece si me lo cuenta todo?

Laura:
(*Lo mira*). ¿No sería mejor que llamara a la policía?

Michael:
Cada cosa a su tiempo. No pasa nada, si tenemos una pequeña charla antes, ¿verdad? (*Se saca los guantes que guarda en el bolsillo de la chaqueta*).

Laura:
(*Empezando a perder la compostura*). Yo no… ¿Quién es usted?… ¿Por qué ha venido aquí esta noche? ¡¡Por el amor de Dios!! ¡¡Dígame quién es usted!!

Michael:

Muy bien. Me llamo Michael Starkwedder, desde luego, un apellido inusual. Soy ingeniero, trabajo para la Compañía Anglo-Iranian y acabo de regresar del Golfo Pérsico. (*Pausa*). Hace unos días que estoy aquí, en Gales, visitando viejos lugares. La familia de mi madre, era de esta parte del mundo y me estaba planteando la posibilidad de comprarme una casita. (*Sacude la cabeza y sonríe*). Llevaba dos horas dando vueltas por estos tortuosos caminos del sur de Gales, cuando el coche se atascó en una cuneta. A mi alrededor no había más que niebla espesa, pero caminé a tientas hasta la casa con la esperanza de encontrar un teléfono, o incluso, con suerte, hospedaje para esta noche. La puerta no estaba cerrada, así que entré y me encontré con… (*Gesto hacia el cadáver*).

Laura:
(*Con ojos inexpresivos*). Llamó a la puerta varias veces.

Michael:
Sí; pero no contestó nadie.

Laura:
No, no respondí.

Michael:
(*La mira, da un paso hacia el cadáver y se vuelve hacia ella*). Como iba diciendo, la contraventana no estaba cerrada, así que entré.

Laura:
(*Bajando la vista hacia la copa de coñac y habla como si citara un texto*). La puerta se abrió, y entra una visita inesperada. (*Tiembla ligeramente*). De niña, siempre me había asustado ese dicho, «una visita inesperada». (*Echa la cabeza hacia atrás, observa a su huésped inesperado y exclama*): ¿Por qué no llama a la policía y acabamos esto de una vez?

Michael:
(*Se acerca al cadáver*). Todavía no. Dentro de un momento, quizás. ¿No me quiere decir por qué le disparó?

Laura:
(*Con tono irónico nuevamente*). Podría darle muy buenas razones para ello: en primer lugar, bebía en exceso. Por otro lado, era cruel, insoportablemente cruel. Le odiaba desde hace años. (*Al ver que el hombre la observa con severidad*). ¿Qué esperaba que le dijera?

Michael:
(*Acercándose al cadáver con lentitud, murmura*). ¿Hacía años que le odiaba? Pero algo especial sucedió esta noche, ¿verdad?

Laura:
Tiene razón. Sí, algo muy especial sucedió esta noche, así que tomé la pistola y…, y le disparé. Tan simple como eso. Pero ¿de qué sirve hablar de todo ello? Al fin y al cabo, lo único que podrá hacer es llamar a la policía, no tengo escapatoria.

Michael:
(*Mirándola*). No es tan fácil como usted cree.

Laura:
¿Por qué no?

Michael:
(*Acercándose a ella y hablando en forma pausada*). No es tan fácil hacer, lo que usted me está empujando a hacer. Es una mujer, una mujer muy atractiva.

Laura:
(*Mirándolo largamente*). ¿Supone eso alguna diferencia?

Michael:
(*Respondiendo con ligereza*). En la teoría no, pero en la práctica, sí. (*Se sitúa de nuevo frente al cadáver*).

Laura:
(*Con indiferencia*). ¡¡Ah!!, ¡¡así que estamos hablando de caballerosidad!!

Michael:

Llámelo curiosidad, si prefiere. Quisiera saber qué ha sucedido aquí.

Laura:
(*Guardando silencio un instante*). Ya se lo he dicho.

Michael:
(*Comienza a caminar alrededor del cadáver, observándolo como fascinado*). Me ha contado los hechos desnudos, tal vez. Pero nada más que eso.

Laura:
También le he proporcionado un móvil. No hay nada más que contar. De todos modos, ¿por qué tendría que creer en mis palabras? Podría inventar lo que se me diera la gana. Sólo tiene mi palabra de que Richard era un hombre cruel, que bebía y me hacía la vida imposible. Y de que le odiaba.

Michael:
Sin duda, que puedo aceptar esta última afirmación, que le odiaba, sin ninguna discusión. Después de todo, hay varios indicios que dan prueba de ello. (*Acercándose al sofá y mirando a Laura*). Pero aún así, ¿no cree que la solución es un poco drástica? Dice que le odiaba desde hace años. ¿Por qué no lo dejó? Hubiera sido más sencillo.

Laura:
(*Titubeando*). No… no tengo dinero propio.

Michael:
Mi querida Señora, si hubiera podido probar que era un hombre cruel, adicto a la bebida y todo lo demás, podría haberse divorciado de él y haber obtenido una pensión o como se le llame. (*Laura, si saber qué decir, se levanta y dándole la espalda se acerca a la mesa y deja el vaso*).

Michael:
¿Tiene hijos?

Laura:
No, gracias a Dios

Michael:
Entonces, ¿por qué no lo dejó?

Laura:
(*Volviéndose, confusa*). Bueno… heredaré todo el dinero.

Michael:
Se equivoca. La ley no va a permitir que se aproveche del resultado de un crimen. ¿O acaso pensaba que…? (*Titubea*). ¿Qué es lo que pensaba?

Laura:
No sé qué quiere decir.

Michael:
(*Sentándose en el sillón*). Usted no es una mujer estúpida. Incluso si heredara todo el dinero de su marido, no le serviría de mucho si se pasa el resto de su vida entre rejas. Supongamos, que yo no hubiera venido aquí esta noche. ¿Qué hubiera hecho?

Laura:
¿Acaso importa?

Michael:
Quizás no, pero me interesa. ¿Cuál hubiese sido su versión de los hechos si yo no hubiese llegado y le hubiera pillado con las manos en la masa? ¿Hubiera alegado que había sido un accidente? ¿Un suicidio?

Laura:
(*Parece desesperada, cruza la estancia y se sienta en el sillón sin mirar a Michael*). No lo sé. No tengo ni idea. Lo cierto es que… no he tenido tiempo de pensarlo.

Michael:
No, quizás no… pero no creo que se tratara de una acto premeditado, sino que actuó por impulso. (*Se levanta del sillón y se acerca a la pared*). De hecho, creo que se debió a algo que debe haber dicho su marido. ¿Qué fue?

Laura:

No importa

Michael:
¿Qué dijo? ¿Qué fue lo que dijo?

Laura:
(*Mirándolo fijo*). Eso es algo que no revelaré jamás a nadie.

Michael:
(*Volviendo al sofá y colocándose detrás de ella*). Se lo preguntarán en el juicio.

Laura:
No contestaré, no pueden obligarme.

Michael:
Pero su abogado tendrá que saberlo. Quizá eso, suponga una gran diferencia para usted en el juicio.

Laura:
(*Volviéndose hacia él*). ¿Es que no lo entiende? No tengo ninguna esperanza, estoy preparada para lo peor.

Michael:
¿Por qué? ¿Sólo porque entré por la ventana? Si no lo hubiera hecho…

Laura:
¡Pero lo hizo!

Michael:
Sí, lo hice, y por eso, usted va a cargar con el muerto. ¿Eso es lo que piensa? (*Laura no responde, Michael va a un extremo del sofá, saca un cigarrillo le ofrece uno a Laura y toma otro para sí*). Tome. Bien, ahora vamos a retroceder un poco en el tiempo. Hacía años que usted odiaba a su marido, y esta noche dijo algo que colmó su paciencia, tomó la pistola y… (*Se detiene en seco, se dirige a la mesa que estaba junto a la silla de ruedas y miró la pistola*). Por cierto, ¿qué hacía aquí sentado con una pistola al lado? No es algo muy normal.

Laura:
Ah, eso. Es que solía dispararle a los gatos.

Michael:
(*Mirándola con sorpresa*). ¿A los gatos?

Laura:
(*Resignada*). Bien, supongo que tendré que contarle ciertas cosas.

Michael:
(*Confundido*). ¿Y bien?

Laura:
(*Respira hondo y mira al frente*). A Richard le gustaba la caza mayor, así es como nos conocimos en Kenia. Por entonces, era diferente, o quizás mostraba sus virtudes y no sus defectos. Tenía buenas cualidades, ¿sabe?, era generoso y valiente. Muy valiente; resultaba atractivo para las mujeres.

Michael:
Prosiga

Laura:
Nos casamos poco después de conocernos. Pero dos años más tarde, sufrió un accidente terrible: le atacó un león. Tuvo suerte de salir con vida, pero desde entonces, fue un inválido, no podía caminar. (*Se echa hacia atrás, más relajada. Michael se sienta en el escabel, delante de ella. Laura da una honda calada a su cigarrillo y exhala el humo*). Dicen que las desgracias mejoran el carácter, pero no fue así en el caso de Richard. En lugar de ello, se acentuaron todos sus defectos: el rencor, una vena sádica, la bebida… Hacía la vida imposible a todos los habitantes de la casa, pero se lo permitíamos porque, ya sabe, todos decían: «pobre Richard, es tan triste ser un inválido». No deberíamos haberlo aguantado, por supuesto, ahora soy consciente de ello. Lo único que conseguimos con eso, fue fomentarle pensar que podía hacer lo que quisiera. (*Se acerca a la mesa junto al sofá, para tirar la ceniza del cigarrillo en el cenicero*). Lo que más le gustaba, era la caza. Desde que nos mudamos a esta casa, se sentaba aquí cada noche cuando todos dormían y Angell, su mayordomo y protector, le traía el coñac y una de sus pistolas. Después, ordenaba abrir los ventanales y se sentaba aquí, al acecho del

brillo de los ojos de una gato, de un conejo o incluso de un perro. También les disparaba durante el día… y a los pájaros.

Michael:
¿No se quejaban los vecinos?

Laura:
Por supuesto. (*Se sienta de nuevo en el sofá*). Sólo hace un par de años que estamos aquí. Antes vivíamos en Norfolk, donde entre las víctimas de Richard hubo dos o tres animales domésticos y recibimos muchas quejas. Por eso nos mudamos aquí, porque es una casa aislada y sólo tenemos un vecino en varios kilómetros a la redonda. Por otra lado, abundan las ardillas, los pájaros y los gatos abandonados. (*Hace una pausa y prosigue*). En realidad, el problema en Norfolk, se debió a una mujer que vino un día a casa a recolectar dinero para la fiesta del pueblo. Cuando se marchó calle abajo, Richard comenzó a disparar a diestro y siniestro y, según nos explicó después entre carcajadas, la mujer se asustó como un cervatillo. Dijo que le temblaba el trasero como una gelatina. La mujer acudió a la policía y se produjo un revuelo.

Michael:
(*Lacónico*). Ya lo imagino.

Laura:
No obstante, Richard salió airoso. Tenía el permiso en regla de todas sus armas y, además aseguró a la policía que sólo las utilizaba para cazar conejos. Justificó las quejas de aquella mujer, diciendo que era una solterona que se imaginaba cosas. Juró que jamás se le habría ocurrido dispararle. Richard era una persona muy convincente, y no tuvo problemas en conseguir que la policía le creyera.

Michael:
(*Levantándose del escabel y acercándose al cadáver*). Al parecer, su marido tenía un sentido del humor bastante perverso. (*Mirando la mesa junto al cadáver*). Así que, tener una pistola a su lado era una rutina nocturna; pero no es posible que esperara cazar algo esta noche, no con esta niebla.

Laura:
Todas las noches, siempre, pedía que le trajeran una pistola. Era como un chico con su juguete. A veces, disparaba a la pared y hacía dibujos. (*Señalando el ventanal*). Allí, fíjese. A la izquierda, detrás de las cortina.

Michael:
(*Levantando la cortina*). ¡Dios Santo!, marcó sus iniciales «R.W.» en la pared con agujeros de bala. Increíble. (*Volviendo hacia Laura*). Debo admitir que tenía muy buena puntería. Debía de ser terrible vivir con él.

Laura:
Lo era. Pero… ¿es necesario que continuemos hablando de todo esto? No hacemos más que postergar lo inevitable. Tiene que llamar a la policía, no hay otra opción. ¿No ve que sería más clemente por su parte hacerlo de una vez por todas? ¿O es que quiere que lo haga yo? ¿Es eso? (*Se acerca al teléfono*). Pues bien, lo haré.

Michael:
(*Sujetándole la mano cuando levanta el auricular*). Primero tenemos que hablar.

Laura:
Ya hemos hablado. De todos modos, no hay nada de qué hablar.

Michael:
Sí que lo hay. Quizás sea estúpido por mi parte, pero tenemos que encontrar una salida.

Laura:
(*Incrédula*). ¿Una salida? ¿Para mí?

Michael:
Sí, para usted. (*Se aleja unos pasos y vuelve hacia ella*). ¿Es usted valiente? ¿Sería capaz de mentir, si fuese necesario? ¿Mentir de forma convincente?

Laura:
(*Mirándolo*). Está loco.

Michael:
Probablemente

Laura:
(*Sacudiendo la cabeza perpleja*). No sabe lo que está haciendo.

Michael:
Sé muy bien lo que estoy haciendo. Me estoy convirtiendo en su cómplice.

Laura:
Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Michael:
¿Por qué?, por una razón muy simple supongo. Es usted una mujer muy atractiva y me horroriza la idea de que pase los mejores años de su vida entre rejas. Es tan duro como estar colgado de una soga y no morir. Además, la situación no parece muy prometedora para usted. Su marido, era un inválido, por lo que cualquier alegato de provocación por su parte, se basaría sólo en su palabra y, como no parece muy dispuesta a darla, no creo que un jurado la absuelva.

Laura:
(*Mirándolo*). Usted no me conoce. Quizá sea todo mentira lo que le he dicho.

Michael:
(*En tono alegre*). Quizá. Y quizá yo sea un idiota. Pero le creo. (*Laura se sienta en el escabel, de espaldas a él. Luego de unos minutos, se vuelve hacia él con mirada esperanzada*).

Laura:
Sí. Puedo mentir si es necesario.

Michael:
Bien. Ahora dígame. (*Se acerca a la mesa y echa la ceniza en el cenicero*). ¿Quién hay en la casa? ¿Quién vive aquí?

Laura:
Está la madre de Richard. Y está Benny… la Señorita Bennet, una mezcla de ama de llaves y secretaria. Una exenfermera.

Hace años que está con nosotros y siente devoción por Richard. Después está Angell, ya lo he mencionado antes, creo. Podríamos decir que es el enfermero y mayordomo. Suele cuidar a Richard.

Michael:
(*Se sienta en el brazo del sofá*). ¿Vive algún sirviente en la casa?

Laura:
No. Ninguno se queda a dormir, todos vienen durante el día. Y también Jan, claro.

Michael:
¿Jan? ¿Quién es Jan?

Laura:
Es el medio hermano pequeño de Richard. Él… él vive con nosotros.

Michael:
(*Se acerca al escabel*). Cuéntemelo todo. ¿Qué es lo que no quiere decirme de Jan?

Laura:
(*Titubea*). Jan es un encanto, es muy cariñoso pero no es como las demás personas. Es… lo que llaman un retrasado.

Michael:
Entiendo. Pero usted le aprecia mucho, ¿verdad?

Laura:
Sí. Le aprecio mucho, ésa es la verdadera razón por la cual no podía abandonar a Richard. Por Jan. Si Richard se hubiese salido con la suya, hubiera enviado a Jan a un manicomio.

Michael:
(*Da una vuelta al cuerpo mientras lo mira pensativo*). Ya veo. ¿Con eso la amenazaba? ¿Qué si lo dejaba, iba a enviar a ese chico al manicomio?

Laura:

Sí. Si yo hubiera creído que podía ganar lo suficiente para mantenernos a Jan y a mí… pero no sabía cómo. Además, claro está, Richard era el tutor legal de Jan.

Michael:
¿Richard era amable con él?

Laura:
A veces.

Michael:
¿Y las otras veces?

Laura:
A menudo le decía que iba a mandarlo fuera. Le decía: «Serán muy amables contigo. Además, estoy seguro de que Laura te visitará una o dos veces al año». Jan se ponía muy nervioso y empezaba a tartamudear, rogándole que no lo hiciera. Al final, Richard se echaba atrás en la silla y reía a carcajadas.

Michael:
Comprendo… comprendo.

Laura:
(*Se levanta y va hasta la mesa para apagar el cigarrillo*). No tiene por qué creerme. No tiene que creer ni una palabra de lo que le digo, quizás me lo esté inventado todo.

Michael:
(*Sentándose de nuevo en el brazo del sofá*). Ya le he dicho que correría ese riesgo. Y bien, ¿qué clase de mujer es Benny?, ¿es astuta?, ¿lista?

Laura:
Es muy eficiente y competente.

Michael:
(*Chasquea los dedos*). Explíqueme una cosa: ¿cómo es posible que nadie en la casa haya oído el disparo?

Laura:
Bueno, la madre de Richard es bastante mayor y está algo

sorda. La habitación de Benny se halla en el otro extremo de la casa, y el dormitorio de Angell está bastante alejado, separado por una puerta de doble paño. Jan duerme en el dormitorio, encima de esta habitación, pero siempre se acuesta temprano y tiene un sueño muy profundo.

Michael:
Todo muy conveniente.

Laura:
¿Qué sugiere? ¿Qué hagamos que parezca un suicidio?

Michael:
(*Volviendo a mirar el cadáver*) No. Me temo que no hay posibilidad de que parezca un suicidio. Supongo que era diestro, ¿no?

Laura:
Sí.

Michael:
Me lo temía. En ese caso, no pudo haberse disparado a sí mismo de este ángulo. (*Mientras señala la sien izquierda del cadáver*). Además, no hay rastros de quemadura. (*Piensa unos segundos*). No, la pistola tuvo que ser disparada desde cierta distancia. El suicidio queda descartado. Pero existe la posibilidad del accidente, por supuesto. (*Tras un silencio*). Digamos, por ejemplo, que yo llegué esta noche, tal como ocurrió en realidad y que tropecé y entré de golpe por la puerta ventana. (*Se dirige a la puerta ventana y finge dar un tropiezo*). Richard pensó que era un ladrón y me disparó a ciegas. Por lo que me ha explicado de sus costumbres, sería algo muy posible. Entonces, yo me acerqué a él (*se dirige rápidamente al cuerpo inerte en la silla de ruedas*) y le quité la pistola.

Laura:
Y el arma se disparó durante el forcejeo, ¿no es eso?

Michael:
Sí. (*Se corrige*). No, eso no sirve. Como ya he dicho, la policía

se dará cuenta enseguida de que el arma no fue disparada desde tan cerca. (*Piensa*). Digamos que le quité el arma… (*Sacude la cabeza y dejar caer los brazos en síntoma de frustración*). No, eso tampoco sirve. Si ya le había quitado el arma, ¿por qué tenía que matarlo? No es fácil. Bueno, vamos a considerarlo un asesinato, un simple y llano asesinato. Pero tiene que ser un asesinato cometido por una persona o personas desconocidas. (*Se acerca a la ventana y mira hacia fuera*).

Laura:
¿Tal vez, un ladrón?

Michael:
Bueno, supongo que podría ser un ladrón, pero eso es un poco artificial. (*Calla*) ¿Qué tal si fuera un enemigo? Suena un poco melodramático, pero, por lo que me ha contado, su marido parece el tipo de personas que tiene enemigos. ¿Me equivoco?

Laura:
Supongo que no. Supongo que Richard tenía enemigos, pero…

Michael:
(*Interrumpiéndola*). Ahora no importan los peros. Cuénteme todo sobre los enemigos de Richard. El número uno sería, supongo, la señorita del trasero de gelatina, la mujer a la que le disparó. Aunque, de todos modos, no es probable que sea una asesina; seguro que sigue viviendo en Norfolk, así que es difícil de creer que viniese a Gales para matar a Richard. (*Se sienta en el extremo del sofá*). ¿Quién podría tener algo contra él?

Laura:
(*Parece dubitativa*). Bueno, había un jardinero, hace cosa de un año… Richard lo despidió y se negó a darle una autorización. El hombre se lo tomó muy mal y lo amenazó.

Michael:
¿Quién era?, ¿un hombre de la zona?

Laura:
Sí, era de Llanfechan, a unos seis kilómetros de aquí.

Michael:
No me convence el jardinero. Apuesto a que tiene una buena coartada: que estaba en casa. Y si no la tiene, o sólo puede corroborarla su mujer, quizá el pobre hombre acabe en prisión por un crimen que no ha cometido. No, no nos sirve. Lo que necesitamos, es un enemigo del pasado, alguien que no resulte fácil de rastrear. (*Laura se pasea alrededor del sofá, intentando pensar*). ¿Y si alguien que conociera Richard en sus tiempos de cazador de tigres y leones? ¿Alguna persona de Kenia, de Sudáfrica o de la India? De algún lugar que la policía no pueda investigar con facilidad.

Laura:
(*Con desesperación*). Si pudiera pensar en alguien… Si pudiera recordar alguna de esas historias que me contaba Richard…

Michael:
Tampoco disponemos de ninguna prueba a mano. Ya sabe, un turbante hindú, un cuchillo maorí o una flecha envenenada. (*Se lleva las manos a la frente intentando concentrarse*). ¡¡¡Maldita sea!!! Lo que queremos es una persona con un motivo, alguien al que Richard humillara. (*Se acerca a Laura*). ¡¡Piense!!, ¡¡vamos!!, ¡¡piense!!

Laura:
No… no puedo pensar.

Michael:
Me ha explicado qué clase de tipo era su marido, seguro que hubo algún incidente, alguna persona… ¡¡Dios Santo!!, tiene que haber alguien. Alguien que le amenazara, que le amenazara con razón.

Laura:
(*Volviéndose de golpe hacia él*). Sí, hubo alguien, acabo de acordarme… Un hombre. Richard atropelló a su hijo.

Michael:
(*Mirando a Laura*). ¿Richard atropelló a un niño? (*Exaltado*). ¿Cuándo ocurrió?

Laura:
Hace unos dos años, cuando vivíamos en Norfolk. El padre de la criatura le amenazó varias veces.

Michael:
(*Se sienta en el escabel*). Bien, ésa podría ser una posibilidad. Explíqueme todo lo que recuerde del caso.

Laura:
Richard regresaba a casa desde Cromer. Había bebido mucho, cosa habitual en él. Atravesó un pequeño pueblo a más de cien kilómetros por hora; haciendo eses, aparentemente. El niño salió corriendo a la carretera desde una fonda. Richard lo atropelló y el chico murió instantáneamente.

Michael:
¿Su marido podía conducir pese a la discapacidad?

Laura:
Sí, podía. Construyeron un coche especial, con los mandos a su alcance. Sí, podía conducir ese vehículo.

Michael:
Entiendo. ¿Qué pasó con lo del niño? La policía podría haberlo arrestado por homicidio.

Laura:
Hubo una investigación, por supuesto. (*Amargamente*). Pero Richard fue eximido de toda culpa.

Michael:
¿Hubo algún testigo?

Laura:
Bueno, estaba el padre del chico, que lo vio todo, y una enfermera, la enfermera Warburton, que acompañaba a Richard en el coche. Tuvo que declarar, pero según ella,

Richard no conducía a más de cincuenta kilómetros por hora, y, además sólo había bebido una copita de jerez. Según su versión, el accidente había sido inevitable: el niño se había lanzado a toda carrera contra el coche. Le creyeron a ella, no al padre del chico, que dijo que Richard conducía en forma temeraria y a gran velocidad. Tengo entendido que el pobre hombre, no ocultó su rabia al expresar sus sentimientos. (*Se traslada al sillón*). Cualquiera habría creído a la enfermera, era la viva imagen de la honestidad, la verdad, la moderación y todas esas cosas.

Michael:
¿No iba usted en el coche?

Laura:
No. Yo estaba en casa.

Michael:
Entonces, ¿cómo sabe que lo que dijo aquella enfermera, no era verdad?

Laura:
(*Se sienta en la butaca. En tono amargo*). Oh, Richard hablaba del asunto con la mayor tranquilidad del mundo. Recuerdo que cuando volvieron del interrogatorio, le dijo a la enfermera: «Bravo, Warbie, fantástica actuación. Seguramente, me has librado de una buena condena». A lo que ella respondió: «No merece haberse librado, señor Warwick. Usted sabe que conducía muy rápido, lo de ese pobre niño es terrible». Pero Richard respondió: «¡¡Olvídese de ello!! Ya la he recompensado muy bien. De todos modos, qué más da un mocoso más o menos en este mundo superpoblado. Le aseguro que no tendré problemas para conciliar el sueño».

Michael:
(*Levantándose del escabel, mirando por sobre del cadáver y en tono severo*). Cuanto más oigo hablar de su marido, estoy más dispuesto a creer, que lo que ocurrió esta noche fue un homicidio justificado más que un asesinato. (*Acercándose a Laura*). Ahora bien, ese hombre cuyo hijo fue atropellado,

¿cómo se llama?

Laura:
Tenía un apellido escocés, me parece. Mac, Mac algo, ¿MacLeod?, ¿McCrae? No lo recuerdo.

Michael:
Intente recordarlo. ¿Vive aún en Norfolk?

Laura:
No, no. Sólo estaba aquí de visita. Para ver a los parientes de su mujer, creo. Era de Canadá, si no recuerdo mal.

Michael:
Canadá… eso sí está lejos. Tomaría tiempo encontrarle. (*Se coloca detrás del sofá*). Sí, creo que tiene posibilidades. Pero, por Dios, intente recordar su nombre. (*Saca los guantes de su bolsillo y se los pone, mirando alrededor*). ¿Hay algún periódico por aquí?

Laura:
(*Sorprendida*). ¿Periódico?

Michael:
Uno que no sea de hoy. De ayer o anteayer sería mejor.

Laura:
(*Caminando a una alacena, detrás de la butaca*). Aquí hay algunos viejos. Los guardamos para encender la chimenea.

Michael:
(*Saca un diario y revisa la fecha*). Éste servirá. (*Lleva el periódico al escritorio y toma unas tijeras*).

Laura:
¿Qué piensa hacer?

Michael:
(*Abriendo y cerrando las tijeras*). Vamos a crear algunas pruebas.

Laura:
(*Confundida*). Pero suponga que la policía logre encontrar a

ese hombre. ¿Qué pasaría?

Michael:
(*Sonriendo*). Si aún vive en Canadá, les tomará su tiempo. Y, cuando lo encuentren, sin duda tendrá una coartada para esta noche; el encontrarse a varios miles de kilómetros de distancia, será más que suficiente y, para entonces, ya será un poco tarde para investigar las cosas por aquí. De todas maneras, no podemos hacer mucho más, pero al menos nos dará un respiro.

Laura:
(*Preocupada*). No me gusta.

Michael:
Mi querida joven, no puede darse el lujo de escoger. Lo que tiene que hacer ahora, es recordar el apellido de ese hombre.

Laura:
No lo consigo recordar.

Michael:
¿McDougall, tal vez?… ¿O Mckintosh?

Laura:
(*Exclamando*). ¡¡Basta!! No hace más que confundirme. Ya ni siquiera estoy segura de que fuera Mac algo.

Michael:
Bueno, si no puede recordarlo, no puede. Tendremos que arreglar esto sin el nombre. ¿No recuerda la fecha, por casualidad, o algún otro dato que pudiera ser útil?

Laura:
Sí, la fecha sí. Fue el quince de mayo.

Michael:
(*Sorprendido*). Muy bien, y ¿cómo diablos se acuerda de eso?

Laura:
(*Amargamente*). Porque era el día de mi cumpleaños.

Michael:

Ya… Bien, con eso resolvemos un pequeño problema. Además, parece que hemos tenido suerte… Este periódico es del día quince. (*Recortando la fecha*).

Laura:
Pero es del quince de noviembre.

Michael:
Sí, pero son los números los que más cuestan. Ahora MAYO. Mayo es una palabra corta. Aquí hay una M, ahora una A, una Y y una O.

Laura:
¿Qué diablos está haciendo?

Michael:
(*Sentándose en la silla frente al escritorio*). ¿Tiene pegamento? (*Laura se dispone a tomar un pote de pegamento, pero él la detiene*). No toque nada. No queremos dejar sus huellas. (*Toma el pote con la mano enguantada y quita la tapa*). Cómo convertirnos en criminales en un día… ¡¡Ah!!, aquí un block de papel de esos que se encuentran en todas partes. (*Comienza a pegar las letras en el papel*). Ahora mire esto, es un poco engorroso con los guantes… pero, aquí lo tiene: «15 DE MAYO. CUENTA SALDADA». Ya está, ¿qué le parece? (*Arranca la hoja del block y se la enseña, después de levanta, se acerca al cadáver*). Lo meteremos en el bolsillo de su chaqueta. (*Mientras lo hace, un encendedor cae de la chaqueta del cadáver*). ¿Qué es esto?

Laura:
(*Emitiendo un lamento. Mientras Michael lo examina*). ¡¡Démelo, es mío!!… ¡¡Démelo!! (*Michael sorprendido se lo da*). Es… mi encendedor.

Michael:
Muy bien, de modo que es su encendedor. No es motivo para alterarse así. No estará perdiendo la calma, ¿verdad?

Laura:
(*Alejándose hacia el sofá. Por el camino frota el encendedor*

contra su falda para borrarle las huellas, procurando que Michael, no la viera) No. Por supuesto, que no.

Michael:
(*Comprueba que el mensaje esté bien sujeto en la chaqueta del cadáver, se dirige al escritorio, tapa el pote de pegamento y se quita los guantes*). Ya está. Listos para el próximo paso. ¿Dónde está la copa de la que bebía hasta ahora? (*Laura toma la copa de la mesa, deja el encendedor sobre la mesa y entrega la copa a Michael. Éste se dispone a borrar las huellas, pero se detiene en seco*). No… Sería una estupidez.

Laura:
¿Por qué?

Michael:
Bueno, tiene que haber alguna huella, tanto en la copa como en la licorera. Las del asistente, para empezar, y probablemente las de su marido. Si no las hubiera, la policía sospecharía. (*Bebe un sorbo de la copa*). Ahora tengo que encontrar una manera de explicar las mías. No es fácil ser un criminal, ¿verdad?

Laura:
¡¡Oh!!, no lo haga. No se involucre en esto. Podrían sospechar de Usted.

Michael:
(*Divertido*). Soy un hombre bastante respetable, muy por encima de toda sospecha. Además, en cierto sentido, ya estoy involucrado. Mi coche, está allí, fuera, atascado en el barro. No se preocupe, lo único que podrán presentar en mi contra, es un poco de perjurio y unas pequeñas inexactitudes sobre el elemento tiempo, pero no lo harán, si usted desempeña bien su papel. (*Laura permanece asustada sentada sobre el escabel, de espaldas a él*). ¿Y bien?… ¿Está lista?

Laura:
¿Lista?… ¿Para qué?

Michael:

Venga, tiene que recuperar la compostura.

Laura:
Me siento… estúpida. No… no puedo pensar.

Michael:
No tiene que pensar. Sólo obedecer órdenes. ¿Hay en casa algún tipo de caldera o chimenea?

Laura:
¿Una caldera? Bueno, está la caldera del agua.

Michael:
¡¡Magnífico!! (*Toma el periódico, recoge los trozos de papel y se los entrega a Laura*). Lo primero que hará, es ir a la cocina y meter esto en la caldera. Luego subirá, se quitará la ropa y se pondrá una bata, o un *negligée* o lo que sea que use. (*Hace una pausa*). ¿Tiene aspirinas?

Laura:
(*Desconcertada*). Sí.

Michael:
(*Como si hablara y planeara al mismo tiempo*). Bien, arrójelas al inodoro del baño. Luego vaya a lo de su suegra o, ¿cómo se llama?, ¿la Señorita Bennet? Y diga que tiene jaqueca y que necesita una aspirina. Mientras esté con ella, deje la puerta abierta. ¡¡Ahh!!, por cierto, escuchará un disparo.

Laura:
¿Qué disparo?

Michael:
(*Se dirige a la mesa y toma la pistola*). Yo me ocuparé de eso. (*Examina el arma*). Mmm, parece extranjera. Un recuerdo de guerra, ¿no es así?

Laura:
No lo sé. Richard tenía varias pistolas extranjeras.

Michael:
(*Como para sí mismo*). Me pregunto si estará registrada.

Laura:
(*Se sienta en el sofá*). Richard tenía licencia, un permiso para las armas de su colección.

Michael:
Supongo que debía de tener uno, pero eso no significa que estuviesen todas registradas a su nombre. Las personas suelen ser bastantes descuidadas con estas cosas. ¿Hay alguien que pudiera saberlo con certeza?

Laura:
Tal vez Angell. ¿Es importante?

Michael:
Bueno, dada la manera que estamos construyendo esta historia, lo más probable es que el viejo Mac no sé qué, el padre del niño atropellado, irrumpiera en el estudio hecho una furia empuñando su propia arma. Pero también podría haber ocurrido a la inversa. Ese hombre entra de repente. Richard, que está medio dormido, toma su pistola, pero el hombre se la quita y dispara. Admito que suena un poco fantástico, pero no tenemos muchas opciones; es inevitable correr ciertos riesgos. (*Deposita el arma sobre la mesa, junto a la silla de ruedas*). Bien, ¿hemos pensado en todo? Espero que sí. Cuando llegue la policía, no se percatarán del hecho de que le hayan disparado quince o veinte minutos más temprano. Por esta carretera, y con la niebla que hay, tardarán bastante. (*Se dirige al ventanal y corre la cortina*). «R.W.», muy bonito, intentaré añadir el punto final. (*Suelta la cortina, regresa al sofá y se sienta*). Cuando oiga el disparo, debe mostrase alarmada y traer aquí abajo a la señorita Bennet y a todos los que pueda traer. Su versión, es que no sabe nada. Fue a dormir, se despertó con un intenso dolor de cabeza, fue a buscar una aspirina… y eso es todo lo que sabe. ¿Lo comprende? (*Ella asiente*). Muy bien, yo me ocupo del resto. ¿Se siente mejor?

Laura:
Creo que sí.

Michael:

Entonces haga lo que tiene que hacer.

Laura:
(*Vacilando*). Usted… no tiene por qué hacer esto. No tiene que hacerlo, no debe involucrarse.

Michael:
No volvamos otra vez con lo mismo. Todos, tenemos nuestra propia manera de… ¿cómo diría?… de divertirnos. Usted se ha divertido disparando a su marido y ahora me divierto yo. Digamos que siempre he querido comprobar cómo me las arreglaría con una historia de detectives en la vida real. (*Sonríe para tranquilizarla*). Bien, ¿puede hacer lo que le pido? (*Laura asiente*). Bien, veo que lleva reloj. ¿Qué hora tiene? (*Laura le muestra su reloj, él ajusta el suyo*). Poco menos de diez minutos para… Le daré tres, no, cuatro minutos. Cuatro minutos para ir a la cocina, quemar ese periódico en la caldera, subir al piso de arriba, cambiarse e ir a buscar a la Señorita Bennet. (*Sonriendo*). ¿Podrá hacerlo? (*Laura vuelve a asentir*). Bien, exactamente a las doce menos cinco oirá un disparo. En marcha. (*Laura comienza a caminar insegura*). ¿No me defraudará, verdad?

Laura:
No. (*Sale de la habitación*).

Michael:
Muy bien. (*Cuando Laura se dispone a abandonar la habitación, Michael ve la chaqueta sobre el brazo del sofá. La llama y le entrega la chaqueta con una sonrisa. Ella sale de la habitación*).

Michael repasa mentalmente lo que tiene que hacer. Consulta el reloj y extrae un cigarrillo. Ve una foto de Laura en un estante, la toma sonríe y la vuelve dejar en su lugar. Toma el encendedor de la mesa y enciende el cigarrillo. Deja el encendedor sobre la mesa, extrae un pañuelo y comienza a limpiara las huellas en los brazos del sillón y el retrato. Coloca la silla en su lugar, retira la colilla de Laura. Limpia la superficie del escritorio, coloca las tijeras en su lugar, acomoda el secante. Echa un vistazo alrededor, recoge del suelo un pedacito de papel que ha caído y lo guarda en su bolsillo. Toma la pistola, la limpia con el pañuelo.

Mira de nuevo su reloj se coloca el sombrero, el abrigo y los guantes. Apaga las luces. Toma la pistola y dispara hacia el exterior. Entra a dejar la pistola, mientras se escuchan voces, sale rápidamente por la puerta ventana, vuelve a entrar toma la linterna y sale a la carrera.

Señora Warwick:
(*Es una anciana alta, imponente, viste bata y camina apoyada sobre un bastón*). ¿Qué ocurre Jan?… ¿qué es todo este jaleo en medio de la noche?… Benny, dime qué ocurre. ¿Han perdido la cabeza?… Laura, ¿qué pasa?… ¿Me va a decir alguien qué sucede en esta casa?

Jan:
(*Un muchacho que aparenta diecinueve años, pero su voz y sus maneras son las de un niño*). Apuesto a que es Richard. Debe estar disparando contra la niebla. (*Irritado*). Díganle que no debería despertarnos así. Estaba durmiendo y también lo estaba Benny. ¿No es verdad, Benny? Ten cuidado Laura, Richard es peligroso.

Laura:
La niebla es muy espesa afuera. Miré desde la ventana y apenas se distingue el camino. No sé a qué le dispara con esta niebla. Es absurdo. Además, me pareció oír un grito.

Benny:
(*Es la primera en entrar al estudio. Mujer madura, canosa, alerta, activa*). No veo por qué te vas a alterar así, Laura. Seguro que es Richard divirtiéndose como de costumbre. Además, yo no he oído ningún disparo. Estoy segura de que no pasa nada. Aún así, es un hombre muy egoísta y se lo diré. (*Entrando*). ¡¡Richard!! Richard ¿sabes qué hora es?… ¡¡Nos has asustado!! (*Laura, vestida con una bata, entra en el estudio detrás de Benny. Enciende la luz y se acerca al sofá, seguida por Jan. El chico mira a Benny que contempla a Richard*).

Jan:
¿Qué pasa, Benny? ¿Qué ocurre?

Benny:

(*Extrañamente serena*). Es Richard. Se ha suicidado.

Jan:
(*Señalando la mesa*). ¡¡Miren, ha desaparecido su pistola!!

Michael:
(*Desde el jardín*). ¿Hola?… ¿Todo bien ahí dentro?

Jan:
(*Mira por la ventana*). ¡¡Hay alguien afuera!!

Benny:
¿Fuera?…¿Quién? (*Se aproxima a la puerta-ventana cuando Michael entra por ella. Benny da un paso atrás alarmada*).

Michael:
(*Apremiante*). ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Qué ha pasado? (*Mira el cadáver*). ¡¡Ese hombre está muerto!!… Le han disparado.

Benny:
¿Quién es usted?… ¿de dónde ha salido?

Michael:
Se me ha atascado el coche en una cuneta. Llevo horas perdido, y he subido hasta la casa para pedir ayuda. Oí un disparo, y alguien salió corriendo por la puerta ventana. Ha chocado conmigo (*mostrando el arma*) y se le ha caído esto.

Benny:
¿Hacia dónde iba ese hombre?

Michael:
¿Cómo diablos voy a saberlo con esta niebla?

Jan:
(*Que ha permanecido delante del cadáver de Richard mirándolo, grita*). Alguien ha matado a Richard.

Michael:
Eso parece. Convendría llamar a la policía. (*Deja el arma sobre la mesa, toma la licorera y se sirve una copa de coñac*). ¿Quién es?

Laura:

(*Mientras se sienta en el sofá, inexpresivamente*). Mi esposo.

Michael:
(*Preocupado*). Beba esto. (*Laura lo mira*). Ha sufrido un *shock*. El coñac le hará bien. (*Le dirige una sonrisa mientras le alarga la copa. Se saca el sombrero alejándose de ella y observa a Benny que se inclina sobre el cadáver*). No toque nada, señora. Esto parece un asesinato y, si es así, no debemos tocar nada.

Señora Warwick:
(*Entrando en el estudio*). ¿Qué ha ocurrido?

Jan:
(*Parece entusiasmado*). ¡¡Han matado a Richard!!

Benny:
¡¡Silencio, Jan!!

Señora Warwick:
¿Qué has dicho?

Benny:
(*Señalando a Michael*). Dice que lo han asesinado.

Señora Warwick:
¡¡Richard!!

Jan:
(*Acercándose al cadáver*). ¡¡Miren, tiene un papel en el pecho!!, y hay algo escrito.

Michael:
(*Al ver que Jan estira el brazo para tomar el papel*). ¡¡No lo toques!! Ni se te ocurra. (*Se inclina sobre el cuerpo y lo lee*). «Quince de mayo, cuenta saldada».

Benny:
(*Colocándose detrás del sofá*). ¡¡Dios Mío!!, MacGregor.

Señora Warwick:
(*Laura se pone de pie*). ¿Quieres decir aquel hombre… el padre del niño que fue atropellado?

Laura:

(*Volviéndose a sentar*). ¡¡Claro!!… MacGregor.

Jan:
Miren, está hecho de recortes de periódico. (*Extiende el brazo para tocarlo*).

Michael:
¡¡No lo toques!! Hay que dejar todo como está para la policía. (*Se dirige al teléfono*). ¿Les parece bien si…?

Señora Warwick:
No. Lo haré yo. (*Se arma de valor y va al escritorio y comienza a marcar*).

Jan:
(*Jan, nervioso se arrodilla en el escabel, a Benny*). El hombre que salió corriendo… ¿crees que…?

Benny:
SShh, Jan.

Señora Warwick:
(*Por teléfono*). ¿Es la comisaría? Le llamo de la casa del Señor Richard Warwick. El señor Richard Warwick acaba de ser encontrado… muerto. Lo han asesinado. (*Los demás la escuchan atentamente*). No. Fue encontrado por un desconocido. Un hombre cuyo coche se ha averiado cerca de la casa, creo. Sí, se lo diré. Llamaré a la fonda. ¿Podrá llevarlo uno de sus coches cuando hayan terminado aquí?… Muy bien. (*Colgando el teléfono, anunció*). La policía estará aquí tan pronto como se lo permita la niebla. Mandarán dos coches, uno de los cuales regresará inmediatamente para llevar a este caballero (*señalando a Michael*) a la fonda del pueblo. Quieren que pase la noche allí para hablar con él mañana.

Michael:
Bueno, puesto que de todos modos no puedo hacer nada con el coche en la zanja, no tengo inconveniente.

Angell:
(*Entra un hombre de cuarenta y tantos años, cabello oscuro,*

abrochándose la bata). ¿Ocurre algo Señora? (*Mirando más allá, ve el cadáver*). ¡¡Dios Mío!!

Señora Warwick:
Me temo que se ha producido una horrible tragedia, Angell. Han matado al Señor Richard, y la policía está en camino. (*Se vuelve hacia Michael*). Éste es Angell, el asistente de Richard.

Angell:
(*Responde con una leve inclinación de cabeza, sin dejar de mirar el cadáver*). ¡¡Dios Mío!!

APAGÓN

ACTO SEGUNDO

Las once de la mañana del día siguiente. El cadáver ha sido retirado. En el lugar que ocupaba la silla de ruedas, ahora hay un sillón. La mesita ha sido despejada de todo, excepto la licorera y un cenicero. Un joven lee un libro de poemas sentado en la silla del escritorio. Se pone de pie.

Sgto. Cadwallader:
Hermoso. Oportuno y hermoso. (*Cierra el libro y lo devuelve a su lugar en la biblioteca. Luego de observar la habitación, sale a la terraza. Casi al mismo tiempo, ingresa en el estudio un hombre de complexión robusta y mirada impasible. Lleva un maletín en la mano. Deja el maletín en un sillón y mira hacia fuera*).

Insp. Thomas:
¡¡¡Sargento Cadwallader!!!

Sgto. Cadwallader:
Buenos días, Inspector Thomas. (*Recita*). «Estaciones de nieblas y dulces frutos, amigo inseparable del ascendente sol».

Insp. Thomas:
(*Que comenzaba a sacarse el abrigo, se detiene, lo mira*). ¿Perdón?

Sgto. Cadwallader:
(*Con suficiencia*). Es un poema de Keats. (*El inspector le dirige una mirada hosca, se encoge de hombros, termina de sacarse su abrigo. Toma el maletín*). Parece mentira que haga un día tan bonito. Cuando uno piensa lo que nos costó llegar hasta aquí anoche. La peor neblina que he visto en años. (*Recita*). «La amarilla niebla que frota su espalda contra la ventana»… T.S.

Elliot. Por eso, no me sorprende que haya habido tantos accidentes en la carretera de Cardiff.

Insp. Thomas:
Podría haber sido peor.

Sgto. Cadwallader:
Yo no estaría tan seguro. El de Portcawld… menudo accidente. Un muerto y dos niños gravemente heridos. Y la madre llorando destrozada en medio de la carretera. (*Recita*). «La hermosa doncella se fue llorando»…

Insp. Thomas:
(*Interrumpiendo*). ¿Han terminado ya con las huellas dactilares?

Sgto. Cadwallader:
Sí, señor. Lo tengo todo aquí. (*Va al escritorio, toma una carpeta y la abre*).

Insp. Thomas:
(*Se sienta al escritorio, dejando su maletín debajo*). ¿Hubo problemas para tomar las huellas dactilares a las personas de la casa?

Sgto. Cadwallader:
Ninguno. Cooperaron de muy buena gana, como no podía ser de otro modo.

Insp. Thomas:
No siempre es así. Me he encontrado con más de uno que se niega. (*Respira hondo, estira sus brazos y continúa estudiando la carpeta*). Veamos, el Señor Warwick es el difunto. La Señora Laura Warwick, su esposa. La señora mayor Warwick, su madre. El joven Jan Warwick, la Señorita Bennet y… ¿quién es éste? ¡¡Ah, Angell!!, su asistente, ¿no es así? Hay otros dos juegos de huellas. Veamos… En la parte exterior de la ventana, en la licorera, en la copa de coñac, huellas del difunto, de Angell y de la Señora Laura Warwick, en el encendedor… y en la pistola. Éstas son las de ese Michael Starkwedder. Le sirvió coñac a la Señora Warwick y fue él

quien trajo la pistola desde el jardín.

Sgto. Cadwallader:
(*Refunfuñando*) Sí. El Señor Michael Starkwedder.

Insp. Thomas:
¿No le cae bien?

Sgto. Cadwallader:
¿Qué hacía aquí? Eso, me gustaría saber. ¡¡Atascarse en una zanja, justo enfrente de la casa donde se ha cometido un asesinato!!

Insp. Thomas:
(*Mirándolo*). Anoche, usted casi metió el coche en una zanja de camino a esta casa, en la que se había producido un asesinato. En cuanto a lo que hace aquí, lleva alrededor de una semana buscando una casa. (*El sargento no parece muy convencido, el inspector añadiendo en tono irónico*). Parece que su abuela era galesa y que de pequeño solía venir aquí a pasar las vacaciones.

Sgto. Cadwallader:
(*Más tranquilo*). Ah, sí. Si su abuela era galesa, es otra cosa. (*Se dirige al sillón, se sienta y declama*). «Un camino lleva a Londres, el otro a Gales. El mío, lleva al mar, junto a las blancas velas oscilantes». Un gran poeta, John Masfield. Muy subestimado.

Insp. Thomas:
(*Abre la boca como para quejarse, luego sonriendo*). En cualquier momento, llegará el informe de Starkwedder desde Abadán. ¿Tiene sus huellas para compararlas?

Sgto. Cadwallader:
Envié a Jones a la fonda donde pasó la noche, pero se había ido al taller donde repararon su coche. Jones llamó al taller, habló con él y le pidió que se presentara en la comisaría lo antes posible.

Insp. Thomas:
Bien. Aquí hay un segundo grupo de huellas no identificadas.

La palma de la mano de un hombre sobre la mesa que había junto al cadáver, e impresiones borrosas tanto en el interior como en el exterior del ventanal.

Sgto. Cadwallader:
(*Chasqueando los dedos*). Apostaría que son de MacGregor.

Insp. Thomas:
Sí, puede ser. Pero no estaban en la pistola. Cualquiera que utilice una pistola para matar a alguien es, sin duda, suficientemente sensato como para ponerse guantes.

Sgto. Cadwallader:
No lo sé. Un tipo desequilibrado como ese MacGregor, desquiciado tras la muerte de su hijo, no pensaría en ello.

Insp. Thomas:
Bueno, pronto nos enviarán una descripción de ese MacGregor desde Norwich.

Sgto. Cadwallader:
Es una historia triste, como quiera que se la mire. Un hombre, su mujer fallecida recientemente, y su único hijo muerto por conducción peligrosa.

Insp. Thomas:
Si es que hubo conducción peligrosa. En tal caso, habrían condenado a Warwick por homicidio culposo, o al menos por conducción peligrosa. De hecho, ni siquiera le retiraron el carnet de conductor. (*Abre el maletín y extrae la pistola*).

Sgto. Cadwallader:
A veces, se miente en forma peligrosa. (*Recita*). «Señor, Señor, hasta qué punto está el mundo volcado a la mentira»… Shakespeare. (*El inspector lo mira y el sargento recobra la compostura*).

Insp. Thomas:
(*Murmura*). La palma de la mano de un hombre sobre la mesa. (*Camina hacia la mesa con el arma en la mano*). ¡¡Qué extraño!!

Sgto. Cadwallader:
Tal vez, hayan tenido invitados en la casa.

Insp. Thomas:
Tal vez, pero si mal no recuerdo, la Señora Warwick dijo que ayer no recibieron visitas. Puede que ese asistente, Angell, pueda decirnos algo más. Vaya a buscarlo, ¿quiere?

Sgto. Cadwallader:
Sí, señor.

Insp. Thomas:
(*Una vez a solas, examina el arma. Se dirige al ventanal, examina las cerraduras, mira a derecha e izquierda. En ese momento regresa el sargento con Angell, quien viste saco de alpaca gris, camisa blanca, corbata negra y pantalones a rayas*). ¿Es Usted Henry Angell?

Angell:
Sí, señor.

Insp. Thomas:
(*Señalando el sofá*). Siéntese allí, por favor. (*Angell obedece*). Bien. Era el enfermero y asistente del señor Richard Warwick. ¿Durante cuánto tiempo?

Angell:
(*En actitud correcta, pero su mirada es furtiva*). Durante tres años y medio, señor

Insp. Thomas:
¿Le gustaba su trabajo?

Angell:
No tenía motivos de quejas, señor.

Insp. Thomas:
¿Cómo era trabajar para el Señor Warwick?

Angell:
Bueno, era difícil.

Insp. Thomas:

Pero tenía sus ventajas, ¿verdad?

Angell:
(*admite*). Sí, señor. Tenía un salario excelente.

Insp. Thomas:
Y eso, le compensaba los inconvenientes, ¿no es así?

Angell:
Sí, señor. Intento ahorrar algún dinero.

Insp. Thomas:
(*Sentándose en el sillón y dejando el arma sobre la mesa, junto a la silla*). ¿Qué hacía antes de ser contratado por el Señor Warwick?

Angell:
La misma clase de trabajo, señor. Puedo enseñarle mis referencias. Nunca se han quejado de mi labor. He tenido algunos patrones, o pacientes, verdaderamente difíciles. Tuve un patrón que ahora es paciente voluntario en un siquiátrico. Una persona realmente muy difícil. (*Bajando la voz*). ¡¡Drogas!!

Insp. Thomas:
Ya. Supongo que el Señor Warwick, no consumía drogas.

Angell:
No, señor. Su único refugio era el coñac.

Insp. Thomas:
Lo tomaba en abundancia, ¿no es así?

Angell:
Sí, señor. Bebía mucho, pero no era un alcohólico, si sabe lo que quiero decir. Nunca perdía el control.

Insp. Thomas:
(*Haciendo una pausa*). ¿Y qué es esa historia de armas y disparos contra animales?

Angell:
Bueno, era su pasatiempo, señor. Lo que en la profesión, lo

llamamos un compensación. Tengo entendido, que en su época era un gran cazador. (*Señala hacia el interior de la casa*). Menudo arsenal tenía en su dormitorio. Rifles, escopetas, pistolas y revólveres.

Insp. Thomas:
Ya veo. Bien, eche un vistazo a esa pistola. (*Angell se acerca a la mesa y de pronto, vacila*). No pasa nada. Puede sostenerla sin miedo. (*Angell toma el arma con cautela*). ¿La reconoce?

Angell:
Es difícil decirlo, señor. Parece una de las del señor Warwick, pero no sé mucho acerca de armas de fuego. No podría decirle con certeza qué arma tenía anoche en la mesa junto a él.

Insp. Thomas:
¿No tenía la misma cada noche?

Angell:
Oh, no, tenía sus caprichos, señor. Las cambiaba continuamente. (*Devolviendo el arma al inspector*).

Insp. Thomas:
¿De qué le podía servir un arma anoche, con tanta neblina?

Angell:
Era un hábito, señor. Podríamos decir que estaba acostumbrado a ello.

Insp. Thomas:
Bien, vuelva a sentarse, por favor. (*Angell lo hace en el extremo del sofá. El inspector estudia el caño del arma y pregunta*): ¿Cuándo vio al Señor Warwick, por última vez?

Angell:
Cerca de las diez menos cuarto de anoche, señor. Tenía un botella de coñac y una copa junto a él, y la pistola que había elegido. Le arreglé la manta y le deseé las buenas noches.

Insp. Thomas:
¿Nunca se acostaba?

Angell:
No, señor. No al menos en el sentido habitual del término. Dormía siempre en su silla. A las seis de la mañana le traía el té y después le llevaba al dormitorio, donde se bañaba, afeitaba y luego dormía hasta la hora de la comida. Sufría de insomnio, de modo que prefería quedarse en la silla. Era un hombre bastante excéntrico.

Insp. Thomas:
(*Levantándose se dirige a la contraventana, dejando el arma al pasar sobre la mesita. Señalando las ventanas*). ¿Y esto estaba cerrado cuando lo dejó?

Angell:
Sí, señor. Anoche había mucha niebla y no quería que entrara en la casa.

Insp. Thomas:
Muy bien, la ventana estaba cerrada. ¿Con pestillo?

Angell:
No, señor. Nunca la cerramos con pestillo.

Insp. Thomas:
Para que pudiera abrirla si quería, ¿no?

Angell:
Así es, señor. Podía acercarse en su silla de ruedas y abrir la contraventana si se disipaba la niebla.

Insp. Thomas:
(*Pensativo, hace una pausa*). ¿No oyó un disparo anoche?

Angell:
No, señor.

Insp. Thomas:
¿No le parece extraño?

Angell:
En realidad, no señor. Verá, mi habitación está lejos. Al otro lado de un pasillo y una puerta de doble paño, en el otro extremo de la casa.

Insp. Thomas:
¿No le parece un poco incómodo, si su patrón lo necesitaba?

Angell:
Oh, no, señor. Tenía un timbre que sonaba en mi habitación.

Insp. Thomas:
¿Y anoche no tocó ese timbre en ningún momento?

Angell:
No, señor. Si lo hubiera hecho, me hubiera despertado de inmediato. Es, si me permite decirlo, un timbre muy fuerte, señor.

Insp. Thomas:
(*Inclinándose sobre el brazo del sofá, como para plantear el tema de forma diferente. Y con tono de impaciencia controlada*). ¿Usted…? (*Lo interrumpe el timbre del teléfono. Mira al sargento esperando que atienda, pero éste se encuentra abstraído, con los ojos abiertos y moviendo los labios sin emitir ningún sonido. De pronto, el sargento reparando que lo miraba y que el teléfono suena, se dirige hacia el escritorio*).

Sgto. Cadwallader:
Lo siento, señor, pero se me estaba ocurriendo un poema. (*Contesta el teléfono*). Sargento Cadwallader… ¡Ah, sí, desde luego!… Es la policía de Norwich, señor.

Insp. Thomas:
Sí él habla… Lo tengo, de acuerdo… Sí… Calgary, sí… Sí, la tía, ¿cuándo murió?…¿dos meses?… Sí, ya veo… Dieciocho, calle Cuarenta y Cuatro, Calgary (*haciéndole gestos al Sargento para que anote*)… Sí,… Lo era, claro… Sí, despacio… (*vuelve a mirar al Sargento*) estatura mediana… ojos café… cabello y barba rubios… Sí, lo que tú digas, tú recuerdas el caso… Ah, ya lo había hecho, ¿verdad?…¿un tipo violento?… Sí… ¿Me lo envías?… Bien, gracias… ¿Cuál es tu opinión?… Sí, sí, conozco la sentencia, pero ¿qué te pareció a ti?… Ah, ya lo había hecho, ¿no es así?… Una o dos veces previamente… Sí, claro, harías alguna concesión… Muy bien, gracias. (*Colgando el auricular, al Sargento*). Bien, ya tenemos parte de

la información sobre MacGregor. Parece que cuando murió su mujer, regresó a Inglaterra desde Canadá para dejar a su hijo con una tía de su esposa, pues acababa de conseguir un empleo en Alaska y no podía llevarse al niño con él. Aparentemente, la muerte del niño le destrozó y juró vengarse de Warwick. No es tan raro después de un accidente así. De todos modos, regresó a Canadá. Tiene su dirección y enviarán un cable a Calgary. La tía con la que iba a dejar el niño, murió hace dos meses. (*Volviéndose hacia Angell*). Usted ya estaba aquí en ese entonces, ¿no es verdad? Cuando ocurrió el accidente de tránsito en el que murió un niño atropellado. (*El inspector se acerca a Angell, el sargento se sienta en la silla del escritorio*). ¿Qué fue lo que sucedió? Háblame del accidente.

Angell:
El señor Warwick conducía por la carretera y un niño salió corriendo de una casa, o puede que de una fonda. Sí, creo que de una fonda. Era imposible frenar, el señor Warwick lo atropelló irremediablemente.

Insp. Thomas:
Conducía a mucha velocidad, ¿verdad?

Angell:
Oh, no, señor. Eso quedó muy claro en la investigación, el señor Warwick iba por debajo del límite de velocidad.

Insp. Thomas:
Al menos, eso fue lo que dijo.

Angell:
Era la verdad, señor. La enfermera Warburton estaba en el coche y corroboró su versión.

Insp. Thomas:
(*Yendo a un extremo del sofá*). ¿Miró el velocímetro en ese momento?

Angell:
(*Suavemente*). Si no recuerdo mal, sí que lo vio. Iban a 40

kilómetros por hora. El señor Warwick fue sobreseído.

Insp. Thomas:
Pero el padre del niño no estuvo de acuerdo.

Angell:
Es normal, señor.

Insp. Thomas:
¿El señor Warwick, había estado bebiendo?

Angell:
(*Evasivo*). Creo que había tomado una copa de coñac, señor.

Insp. Thomas:
(*Yendo hacia el ventanal*). Bueno, creo que es suficiente por ahora.

Angell:
(*Sale y al llegar a la puerta, se vuelve*). Disculpe, señor. ¿Mataron al Señor Warwick con su propia pistola?

Insp. Thomas:
(*Volviéndose hacia él*). Aún no lo sabemos. Quienquiera que le disparó, chocó con el señor Starkwedder, que subía hacia la casa en busca de ayuda para su vehículo atascado. En la colisión, el hombre dejó caer una pistola. El señor Starkwedder la recogió. Esta pistola. (*Señalándola sobre la mesa*).

Angell:
(*Volviendo hacia la puerta*). Comprendo, señor. Gracias.

Insp. Thomas:
Por cierto, ¿recibieron alguna visita ayer por la noche?

Angell:
(*Reflexiona un momento*). No que recuerde ahora mismo, señor. (*Sale de la habitación*).

Insp. Thomas:
(*Regresando al escritorio*). Si quiere saber mi opinión, ése es un mal tipo. No es nada en particular, pero me da mala

espina.

Sgto. Cadwallader:
Comparto su opinión. No es alguien en quien confiaría, y si me apura, diría que hay algo sospechoso acerca de ese accidente. (*Advierte que el inspector está parado a su lado, se para rápidamente. El inspector toma las notas que escribía Cadwallader y las examina*).

Insp. Thomas:
Ahora me pregunto si Angell sabe algo más acerca de anoche, que no nos haya contado… ¿Qué es esto?: «La niebla llega en noviembre, pero pocas veces en diciembre». ¡¡Esto no es Keats!!

Sgto. Cadwallader:
(*Orgulloso*). No, es Cadwallader. Lo escribí yo. (*El inspector le devuelve la libreta con brusquedad*).

Srta. Bennet:
(*Entra en la habitación y cierra la puerta con suavidad*). La Señora Warwick está ansiosa por verle. Quiero decir, la madre del Señor Warwick. Aunque no lo reconozca, creo que no está muy bien de salud, así que por favor sea amable con ella. ¿La verá usted?

Insp. Thomas:
Sí, por supuesto. Dígale que pase. (*La Señorita Bennet, hace señas e ingresa la Señora Warwick*).

Srta. Bennet:
Todo está bien, Señora Warwick. (*Abandona la habitación*).

Insp. Thomas:
Buenos días, señora.

Sra. Warwick:
(*No responde al saludo y va directamente al grano*). ¿Inspector, ha hecho algún progreso?

Insp. Thomas:
Es muy pronto para decirlo, señora, pero no le quepa la

menor duda de que estamos haciendo todo cuanto está a nuestro alcance.

Sra. Warwick:
(*Sentándose el sofá y apoyando el bastón en uno de sus brazos*). Ese hombre, MacGregor, ¿ha sido visto por aquí? ¿Alguien lo ha identificado?

Insp. Thomas:
Lo estamos investigando. Pero hasta ahora, no hay ningún dato sobre un extraño en la zona.

Sra. Warwick:
Ese pobre niño, el que atropelló Richard, quiero decir. Supongo que el padre se desquició, me dijeron que se mostraba muy violento por aquella época. Tal vez sea normal, pero…¡¡¡dos años después!!!… parece increíble.

Insp. Thomas:
Sí, es mucho tiempo para esperar.

Sra. Warwick:
Pero era un escocés, por supuesto. Un MacGregor. Gente obstinada los escoceses.

Sgto. Cadwallader:
¡¡Desde luego!! Hay pocas visiones más impresionantes que un escocés en acción. (*Se calla al observar la mirada furiosa del inspector*).

Insp. Thomas:
¿Su hijo no recibió ninguna advertencia? ¿Ninguna carta de amenaza? ¿Nada por el estilo?

Sra. Warwick:
No; estoy segura de que no recibió nada. Richard me lo hubiera contado, le hubiera hecho reír.

Insp. Thomas:
¿No se lo hubiera tomado en serio?

Sra. Warwick:
Richard siempre se reía del peligro.

Insp. Thomas:
Después del accidente, ¿su hijo le ofreció alguna compensación al padre de la criatura?

Sra. Warwick:
Por supuesto. Richard, no era un hombre malo. Pero fue rechazada. Rechazada con indignación, diría yo.

Insp. Thomas:
Comprendo.

Sra. Warwick:
Tengo entendido que la esposa de MacGregor había fallecido. El niño, era todo lo que le quedaba en el mundo. Realmente fue una tragedia.

Insp. Thomas:
Pero, en su opinión, no fue culpa de su hijo, ¿verdad? (*Ante el silencio de la Señora Warwick, el inspector insiste*). No fue culpa de su hijo, ¿verdad?

Sra. Warwick:
(*Permanece unos instantes en silencio*). Le he oído.

Insp. Thomas:
¿Tal vez, no está de acuerdo?

Sra. Warwick:
(*Avergonzada*). Richard bebía demasiado. Y, por supuesto, aquel día había estado bebiendo.

Insp. Thomas:
(*Insinuando*). ¿Una copa de coñac?

Sra. Warwick:
(*Ríe amargamente*). ¡¡Una copa de coñac!!… Había estado bebiendo mucho. Bebía en gran cantidad. Esa licorera de allí… Se la llenaban cada noche y, casi siempre, estaba vacía por la mañana.

Insp. Thomas:
(*Sentándose en el escabel*). Así que usted cree que su hijo tuvo la culpa del accidente.

Sra. Warwick:
Por supuesto que la tuvo. Nunca tuve la menor duda al respecto.

Insp. Thomas:
Pero fue exculpado.

Sra. Warwick:
(*Riendo con amargura*). La enfermera que iba en el coche con él, esa tal Warburton, era una ingenua y adoraba a Richard. Además, no me sorprendería que él la hubiera recompensado generosamente por su testimonio.

Insp. Thomas:
(*Bruscamente*). ¿Lo sabe con certeza?

Sra. Warwick:
(*En el mismo tono*). No sé nada, pero saco mis propias conclusiones. (*El inspector se dirige hacia el sargento y toma sus notas*). Le digo todo esto ahora, porque usted quiere la verdad, ¿no es así? Quiere estar seguro de que existían motivos suficientes para que el padre de aquel niño cometiera un asesinato. Pues bien, en mi opinión los había. Sencillamente, jamás pensé que después de tanto tiempo… (*Su voz se debilita hasta apagarse*).

Insp. Thomas:
(*Levantando la vista de las notas*). ¿No oyó nada anoche?

Sra. Warwick:
Estoy un poco sorda, ya sabe. No supe que había ocurrido algo, hasta que escuché a los demás hablando y pasando por delante mi puerta. Bajé, y Jan dijo: «Han matado a Richard». Al principio pensé… (*se pasa una mano por los ojos*) pensé que era una broma.

Insp. Thomas:
¿Jan es su hijo menor?

Sra. Warwick:
No es mi hijo. Me divorcié de mi esposo hace muchos años. Él se volvió a casar. Jan es hijo de su segundo matrimonio.

(*Hace una pausa*). Parece más complicado de lo que es. Cuando sus padres murieron, el niño vino a parar aquí. Richard y Laura se acababan de casar. Laura siempre ha sido muy buena con el medio hermano de Richard, ha sido como una hermana mayor para él.

Insp. Thomas:
Lo comprendo. Pero volviendo a su hijo Richard…

Sra. Warwick:
Quería mucho a mi hijo, inspector, pero eso no me impedía ver sus defectos, que en gran medida, se debían al accidente que le dejó lisiado. Era un hombre orgulloso que amaba la vida al aire libre, y tener que hacer una vida de inválido era mortificante para él. Por decirlo de alguna manera, no mejoró su carácter.

Insp. Thomas:
Entiendo. En su vida matrimonial, ¿era feliz?

Sra. Warwick:
No tengo la menor idea. ¿Hay algo más que desee saber, inspector?

Insp. Thomas:
No, gracias, Señora Warwick. Pero me gustaría hablar con la Señorita Bennet.

Sra. Warwick:
(*Poniéndose de pie y yendo hacia la puerta acompañada por el sargento*). Sí, por supuesto. La Señorita Bennet, la llamamos Benny, es la persona que más podrá ayudarle, es muy práctica y eficiente.

Insp. Thomas:
¿Lleva mucho tiempo con usted?

Sra. Warwick:
Oh sí, muchos años. Cuidó a Jan cuando era pequeño, y antes de eso, también nos ayudó con Richard. Se ocupó de todos nosotros, es una persona muy fiel. (*Sale de la habitación*).

Sgto. Cadwallader:
(*Después que cerrar la puerta*). Así que Richard Warwick era un bebedor, ¿eh? No es la primera vez que lo oigo decir, ¿sabe? Y todas esas pistolas y rifles… Un poco tarambana, si quiere saber mi opinión.

Insp. Thomas:
Tal vez. (*Suena el teléfono, esperando que atienda el sargento, le echa una mirada elocuente, pero el sargento está absorto en sus notas, ajeno al sonido. Al cabo de un instante, el inspector suspira, se dirige al escritorio y atiende*). Sí. Sí, yo mismo. ¿Ha llegado Starkwedder? ¿Le han tomado las huellas?…Bien, sí… Bueno, díganle que espere… Sí, estaré allí en media hora. Quiero hacerle una cuantas preguntas más… Sí, adiós. (*La Señorita Bennet ha entrado en la habitación y aguarda junto a la puerta*).

Srta. Bennet:
¿Si? ¿Quería hacerme algunas preguntas? Tengo mucho trabajo esta mañana.

Insp. Thomas:
Sí, Señorita Bennet. Quiero que me cuente su versión del accidente de Norfolk, el que acabó con la vida de aquel niño.

Srta. Bennet:
¿El hijo de MacGregor?

Insp. Thomas:
Sí, el mismo. Me han dicho que ayer recordó rápidamente su nombre.

Srta. Bennet:
Así es, tengo buena memoria para los nombres.

Insp. Thomas:
Y sin duda, el suceso le dejó algunas impresiones. Pero usted no estaba en el coche, ¿verdad?

Srta. Bennet:
(*Dirigiéndose al sofá*) No. Yo no estaba en el coche, sino la enfermera que el Señor Warwick tenía por aquel entonces. La

enfermera Warburton.

Insp. Thomas:
¿La interrogaron a usted durante la investigación?

Srta. Bennet:
No. Pero Richard nos lo contó al volver. Dijo que el padre del niño lo había amenazado, que había dicho que se lo haría pagar. No lo tomamos en serio, por supuesto.

Insp. Thomas:
¿Se formó alguna impresión particular respecto del accidente?

Srta. Bennet:
No sé a qué se refiere.

Insp. Thomas:
(*La observa unos instantes*). Quiero decir, que si piensa que ocurrió porque el Señor Warwick había estado bebiendo.

Srta. Bennet:
(*Haciendo un gesto desdeñoso*). Oh, supongo que su madre le dijo eso. Pues bien, no debe creer todo lo que le diga. Tiene prejuicios contra la bebida. Su marido, el padre de Richard bebía.

Insp. Thomas:
Entonces, usted cree que la versión de Richard Warwick era verdad, que conducía dentro del límite de velocidad establecido y que no pudo evitar el accidente.

Srta. Bennet:
No veo por qué debo dudar de ello. La enfermera Warburton confirmó su relato.

Insp. Thomas:
¿Y se podía confiar en su palabra?

Srta. Bennet:
(*Ofendida*). No veo por qué no. Después de todo, la gente no va por ahí diciendo mentiras… no sobre cosas tan importantes, ¿no cree?

Sgto. Cadwallader:
¿Es eso cierto? ¡¡Vaya!! Por la manera como hablan en ocasiones, se diría que no sólo estaban dentro del límite de velocidad, sino que además, circulaban marcha atrás.

Insp. Thomas:
(*Gira lentamente y mira al sargento, la Señorita Bennet también lo mira. Cadwallader, avergonzado, baja la vista hacia sus notas*). Lo que intento decir, es esto: en el dolor y la tensión del momento, es fácil que un hombre amenace con vengarse por un accidente que ha segado la vida de su hijo. Pero, si lo piensa, si las cosas son como se han explicado, sin duda habría llegado a la conclusión de que el accidente no había sido culpa de Richard.

Srta. Bennet:
Ah, ya entiendo.

Insp. Thomas:
(*Paseándose por la habitación*). Pero si conducía el coche de manera errática y por encima del límite de velocidad; si el coche avanzaba, digámoslo así, fuera de control…

Srta. Bennet:
¿Laura le dijo eso?

Insp. Thomas:
(*Gira y la mira con sorpresa*). ¿Qué le hace pensar que me lo dijo ella?

Srta. Bennet:
No lo sé. Simplemente lo preguntaba. (*Con expresión confundida, mira su reloj*). ¿Eso es todo? Esta mañana tengo mucho que hacer. (*Se levanta y se dirige hacia la puerta*).

Insp. Thomas:
Me gustaría hablar con el joven Jan.

Srta. Bennet:
(*Con aspereza*). Oh, está bastante alterado. Le estaría agradecida si no hablara con él. Apenas he conseguido que se calme un poco.

Insp. Thomas:
Lo siento, pero me temo que tendremos que hacerle un par de preguntas.

Srta. Bennet:
(*Acercándose al inspector*). ¿Por qué no encuentra a ese MacGregor y lo interroga? No puede andar muy lejos.

Insp. Thomas:
Lo encontraremos, no se preocupe.

Srta. Bennet:
Eso espero. La venganza no es de cristianos.

Insp. Thomas:
Desde luego. (*Con elocuencia*). Sobre todo cuando el accidente no fue culpa del Señor Warwick y no se pudo evitar. (*La Señorita Bennet lo mira con dureza. Silencio*). Me gustaría hablar con Jan, por favor.

Srta. Bennet:
No sé si lo encontraré. Puede haber salido. (*Sale de la habitación. El inspector le hace una seña a Cadwallader, y éste la sigue, de pronto ella vuelve a entrar*). No lo agobien. No agobien al muchacho, inspector. Se altera fácilmente. Es muy temperamental.

Insp. Thomas:
(*La contempla*). ¿Alguna vez se pone violento?

Srta. Bennet:
No, claro que no. Es un chico muy dulce. Muy dócil. Sencillamente, quise decir que podrían ponerlo nervioso. No es bueno que un muchacho se mezcle en un asesinato. Porque, en realidad, no es más que eso: un niño.

Insp. Thomas:
(*Sentándose en la silla del escritorio*). No tiene por qué preocuparse Señorita Bennet, se lo aseguro. Comprendemos la situación.

Jan:

(*Se abre la puerta y entra el sargento con Jan, que se acerca al inspector*). ¿Me busca a mí? ¿Lo han agarrado ya? ¿Tiene sangre en la ropa?

Srta. Bennet:
Jan, compórtate. Responde a las preguntas que te haga este caballero.

Jan:
(*Girando primero hacia la Señorita Bennet y luego hacia el inspector*). Oh, sí lo haré. ¿Pero yo no puedo hacer ninguna pregunta?

Insp. Thomas:
(*En tono cariñoso*). Por supuesto que puedes hacerlas.

Srta. Bennet:
(*Sentándose en el sofá*). Esperaré aquí mientras lo interrogan.

Insp. Thomas:
(*Se pone de pie, se dirige hacia la puerta, con firmeza*). No, gracias, Señorita Bennet. No la necesitaremos. Además… ¿no dijo que tiene mucho que hacer esta mañana?

Srta. Bennet:
Preferiría quedarme.

Insp. Thomas:
(*En tono severo*). Lo siento. Siempre hablamos con las personas a solas. (*La Señorita Bennet, da un suspiro de fastidio, se levanta y sale. El inspector la acompaña hasta la puerta. Regresando, se dirige a Jan*). No creo que hayas estado antes en relación directa con un asesinato, ¿verdad?

Jan:
(*Ansioso*). No, nunca. Es muy emocionante, ¿verdad? (*Se arrodilla en el escabel*). ¿Tienen pistas, huellas, manchas de sangre o algo así?

Insp. Thomas:
(*Sonriendo en forma afable*). Pareces muy interesado por la sangre.

Jan:
Lo estoy. Me gusta la sangre. Es un color hermoso, ¿no?… Un rojo tan intenso… (*Se levanta y camina nervioso hasta el extremo del sofá y se sienta*). Richard disparaba contra cosas, y luego sangraban. Es muy gracioso, ¿verdad? Quiero decir que es gracioso que Richard que siempre disparaba contra cosas, haya sido el blanco de un disparo. ¿No le parece gracioso?

Insp. Thomas:
(*Con tono suave y algo seco*). Supongo que tiene su lado cómico… ¿Te entristece la muerte de tu hermano, quiero decir, tu medio hermano?

Jan:
(*Parece sorprendido*). ¿Entristecerme?… ¿Por qué habría de entristecerme?

Insp. Thomas:
Bueno, pensé que tal vez… lo querías mucho.

Jan:
(*Asombrado*). ¡¡Quererlo!!!… A Richard nadie podía quererlo.

Insp. Thomas:
Pero supongo que su esposa sí lo quería.

Jan:
(*Otro gesto de sorpresa*). ¿Laura?… No, no lo creo. Siempre se ponía de mi lado.

Insp. Thomas:
¿De tu lado? ¿Qué quieres decir?

Jan:
(*De pronto parece asustado*). Sí, sí. Cuando Richard querían que me enviaran fuera.

Insp. Thomas:
¿Qué te enviaran fuera?

Jan:
A uno de esos lugares… Ya sabe, donde te encierran y no te dejan salir. Dijo que, quizás Laura iría a verme a veces.

(*Tiembla un poco, mirando al sargento*). No me gustaría que me encerraran. Odiaría que lo hicieran. (*Se dirige hacia el ventanal y habla desde allí*). Me gusta mi ventana abierta, y mi puerta, y saber que siempre puedo salir. Pero, ya nadie puede encerrarme, ¿verdad?

Insp. Thomas:
No, muchacho. No lo creo.

Jan:
Ya no, ahora que Richard ha muerto.

Insp. Thomas:
¿Así que Richard quería hacerte encerrar?

Jan:
Laura dice que sólo me lo decía para tomarme el pelo. Dijo que eso era todo, y que no tenía que temer, que mientras ella estuviese aquí no permitiría que me encerraran. (*Se sienta sobre el brazo derecho del sofá*). Quiero a Laura. La quiero muchísimo. La pasamos muy bien juntos. Buscamos mariposas y huevos de pájaros y jugamos juntos. Escrabel, ¿lo conoce?, es un juego inteligente, y a otros juegos de cartas. Sí, es muy divertido hacer cosas con Laura.

Insp. Thomas:
(*Se acerca a él y le pregunta en tono afable*). Supongo que no recuerdas nada sobre accidente en Norfolk, ¿verdad? Cuando atropellaron a un niño.

Jan:
(*Alegremente*). Oh, sí lo recuerdo. Interrogaron a Richard.

Insp. Thomas:
¿Qué más recuerdas?

Jan:
Ese día comimos salmón. Richard y Warby volvieron juntos. Warby estaba un poco aturdida, pero Richard se estaba riendo.

Insp. Thomas:

¿Warby?… ¿Te refieres a la enfermera Warburton?

Jan:
Sí, Warby. No me gustaba mucho. Pero ese día Richard estaba tan encantado con ella que no dejaba de repetir: «Muy buena actuación, Warby». (*Se abre la puerta y entra Laura*). Hola Laura.

Laura:
(*Al inspector*). ¿Interrumpo?

Insp. Thomas:
No, claro que no, Señora Warwick. ¿Quiere sentarse? (*Laura avanza y se sienta en el extremo del sofá*).

Laura:
Jan… (*Se interrumpe*).

Insp. Thomas:
Le estaba preguntando, si recordaba algo del accidente de Norfolk. En el que murió el niño MacGregor.

Laura:
¿Lo recuerdas Jan?

Jan:
¡Claro que lo recuerdo! Lo recuerdo todo. Ya se lo he dicho, ¿no es así?

Insp. Thomas:
(*No le responde a Jan, se vuelve hacia Laura*). ¿Qué sabe usted del accidente, Señora Warwick? ¿Se discutió aquel día a la hora de la comida, cuando su esposo volvió del interrogatorio?

Laura:
No lo recuerdo.

Jan:
(*Levantándose de golpe y acercándose a ella*). Oh, claro que lo recuerdas Laura. ¿Acaso no recuerdas cuando Richard dijo que un mocoso más o menos en el mundo no tenía importancia?

Laura:
(*Se pone de pie, al inspector*). Por favor…

Insp. Thomas:
No pasa nada, Señora Warwick. Es importante que lleguemos a la verdad de aquel accidente. Después de todo, presumiblemente es la causa de lo que ocurrió aquí anoche.

Laura:
(*Cruza la habitación y se sienta en otro sofá, suspirando*). Oh, sí. Lo sé.

Insp. Thomas:
Según su suegra, ese día su esposo había estado bebiendo.

Laura:
Supongo que sí. No me extrañaría.

Insp. Thomas:
(*Se sienta en el extremo del sofá*). ¿Llegó a conocer o ver a MacGregor?

Laura:
No. No estuve en los interrogatorios.

Insp. Thomas:
Parece que amenazó con vengarse.

Laura:
(*Esboza una sonrisa triste*). Debió afectarle la razón, supongo.

Jan:
(*Cada vez más nervioso, se acerca a ellos*). Si tuviese un enemigo, haría exactamente lo mismo. Esperaría largo rato, y luego me acercaría cautelosamente en la oscuridad con mi pistola y después… (*Dispara con un arma imaginaria*). ¡Pum, pum, pum!

Laura:
¡Cállate, Jan!

Jan:
(*Parece entristecido*). ¿Estás enojada conmigo, Laura?

Laura:
No cielo. No estoy enojada, pero intenta no alterarte tanto.

Jan:
No estoy alterado.

(Se oyen voces en el pasillo).

Michael:
Buenos días, Señorita Bennet. ¿Dónde está el Inspector Thomas? Quisiera hablar con él. ¿Está ahí dentro?

Srta. Bennet:
Buenos días agente. Ambos están ahí adentro. No sé qué está pasando.

Voz del Agente:
He traído esto para el inspector. Tal vez, pueda dárselo al Sargento Cadwallader.

Laura:
¿Qué pasa?

Insp. Thomas:
(*Acercándose a la puerta*). Parece que el Señor Starkwedder ha vuelto.

(Se abre la puerta y entra Michael. El sargento aprovecha y sale para hablar con el agente. Jan, se hunde en el sillón y observa todo lo que ocurre).

Michael:
Mire, no puedo perder todo el día en la comisaría, les he dado mis huellas y he insistido en que me trajeran aquí; tengo que cosas que hacer, tengo dos citas con un agente inmobiliario. (*De pronto ve a Laura*). Oh,… buenos días, Señora Warwick. Siento muchísimo lo ocurrido.

Laura:
(*Con aire distante*). Buenos días.

Insp. Thomas:
(*Acercándose a la silla junto al sillón*). Señor Starkwedder, ¿no

apoyaría anoche por casualidad la mano en esta mesa y después empujaría la ventana para abrirla?

Michael:
(*Se acerca a él*). No lo sé. Es posible, ¿es importante? No lo recuerdo. (*Entra el sargento con una carpeta en la mano. Se acerca al inspector*).

Sgto. Cadwallader:
Aquí están las huellas del Señor Starkwedder, las traído un agente junto con el informe de balística.

Insp. Thomas:
Vamos a ver… La bala que mató a Richard Warwick, procedía de esta pistola. En cuanto a las huellas, pronto lo averiguaremos. (*Se acerca a la silla junto al escritorio y estudia el informe*).

Jan:
(*Transcurridos unos instantes*). Usted acaba de regresar de Abadán, ¿verdad? ¿Cómo es?

Michael:
Muy caluroso. (*Volviéndose a Laura*). ¿Cómo se encuentra hoy, Señora Warwick? ¿Está mejor? (*Se acerca a un extremo del sofá para sentarse*).

Laura:
Sí, gracias. He superado el *shock*.

Michael:
Bien.

Insp. Thomas:
(*Acercándose a Michael*). Sus huellas se encuentran en la ventana, la licorera, la copa y el encendedor, pero las huellas de la mesa no son suyas, se trata de huellas desconocidas. Asunto resuelto, entonces. (*Mirando a Laura*). Dado que no hubo ninguna visita anoche…

Laura:
No.

Insp. Thomas:
Entonces, deben ser de MacGregor.

Michael:
(*Con los ojos clavados en Laura*). ¿De MacGregor?

Insp. Thomas:
Parece usted sorprendido.

Michael:
Sí, más bien. Quiero decir, que lo normal hubiera sido que llevase guantes.

Insp. Thomas:
(*Acercándose al sargento*). Tiene razón, utilizó la pistola con guantes.

Michael:
(*A Laura*). ¿Hubo alguna discusión?… ¿Se oyó algo más aparte del disparo?

Laura:
(*Esforzándose por responder*). Yo… Benny y yo sólo oímos el disparo, pero de todos modos, no hubiésemos escuchado nada desde arriba.

(El sargento. Cadwallader observa el jardín, y al ver que alguien se acerca se aposta cerca del ventanal. Por él entra Julian Farrar, hombre atractivo de cierto aire militar. Se detiene con aire preocupado. Jan, es el primero en descubrir su presencia).

Jan:
¡¡Julian!!, ¡¡Julian!!

Julian:
(*Mira a Jan, luego a Laura*). Laura, acabo de enterarme. Lo… lo siento muchísimo.

Insp. Thomas:
Buenos días, Mayor Farrar.

Julian:
(*Volviéndose hacia éste*). ¡Qué asunto tan extraño!, pobre

Richard.

Jan:
(*Explica emocionado*). Estaba aquí en la silla de ruedas. Tenía el cuerpo encogido y un trozo de papel sobre el pecho. ¿Sabes qué decía?… «Cuenta saldada». ¡¡Qué emocionante!!, ¿verdad?

Julian:
(*Pasa por delante de él y mira inquisidoramente a Michael*). Sí, claro que es emocionante.

Insp. Thomas:
(*Presenta a ambos hombres*). Éste es el Señor Starkwedder. El Mayor Farrar, que podría ser nuestro próximo diputado, ya ha presentado su candidatura para el escaño.

Michael:
(*Se levanta y estrecha la mano de Julian. El inspector le hace una seña al sargento para que se acerque*). El coche se me atascó en la cuneta y me acerqué a la casa para llamar por teléfono y pedir ayuda. Un hombre salió corriendo de la casa y casi me derribó.

Julian:
¿En qué dirección huyó?

Michael:
No tengo ni idea. Se desvaneció en la niebla como por arte de magia.

Jan:
(*Arrodillado en el escabel, Michael da media vuelta para mirarlo*). Ya le dijiste a Richard que algún día lo matarían, ¿verdad, Julian? (*Se hace un silencio y todos observan a Julian*).

Julian:
(*Con brusquedad*). ¿Ah, sí? No lo recuerdo.

Jan:
Sí que lo dijiste. Una noche durante la cena. Ya sabes, tú y

Richard estaban discutiendo por algo, y tú dijiste: «Uno de estos días, alguien te meterá una bala en la cabeza».

Insp. Thomas:
Una profecía extraordinaria.

Julian:
(*Sentándose en un extremo del escabel*). Bueno, Richard y sus armas eran bastante molestas de por sí, a nadie le gustaban. Por ejemplo, estaba ese hombre, ¿lo recuerdas Laura? El jardinero Griffiths, el que Richard despidió un buen día. Griffiths me dijo en más de una ocasión: «Uno de estos días, mataré al Señor Warwick».

Laura:
¡¡Griffiths no haría algo así!!

Julian:
(*Parece arrepentido*). No, claro que no. No quería decir eso, simplemente era el tipo de cosa que se decía sobre Richard. (*Para ocultar su bochorno, extrae sus cigarrillos. El inspector se sienta en la silla del escritorio, Jan estudia a Michael*). Ojalá hubiera estado aquí anoche. Ésa era mi intención.

Laura:
Pero con esa niebla tan horrible, era imposible que vinieras.

Julian:
Sí, los miembros del comité, vinieron a cenar y cuando comenzó a caer la niebla, se marcharon a casa temprano. Pensé entonces en acercarme, pero al final deseché la idea. (*Se palpa los bolsillos*). ¿Alguien ha visto mi encendedor? Creo que lo he perdido. (*Echa un vistazo alrededor y lo descubre sobre la mesita donde Laura lo dejó la noche anterior. Michael lo estudia atentamente, mientras Julian se incorpora y va en su búsqueda*). ¡¡Aquí está!! No sabía dónde lo había dejado.

Laura:
Julian…

Julian:
(*Le ofrece un cigarrillo*). ¿Si? Siento mucho lo sucedido. Si

puedo hacer algo…

Laura:
(*Mientras Julian le enciende el cigarrillo*). Sí, lo sé.

Jan:
¿Sabe disparar, señor Starkwedder? Yo sí, a veces Richard me dejaba probar, sólo a veces, claro, y yo no soy tan bueno como él.

Laura:
(*Mientras Jan atrae la atención de Michael, le susurra a Julian*). Julian, necesito hablar contigo.

Julian:
(*Igualmente, susurrando*). ¡Ten cuidado!

Jan:
Era una calibre veintidós. Soy bastante bueno, ¿verdad Julian? (*Se levanta y se acerca a Julian*). ¿Recuerdas aquella vez que me llevaste al Parque de Diversiones? Tumbé dos botellas, ¿verdad?

Julian:
Por supuesto, muchacho. Tienes buen ojo, y eso es lo importante. También lo tienes para críquet. (*Se traslada a un extremo del sofá*). Fue un partido sensacional el que jugamos el verano pasado.

Michael:
(*Mientras Jan sonríe jubiloso y se sienta en el escabel. El inspector examina los documentos en el escritorio, saca un cigarrillo, a Laura*). ¿Le importa si fumo?

Laura:
Por supuesto que no.

Michael:
¿Me permite su encendedor?

Julian:
Claro, aquí tiene.

Michael:
Bonito encendedor. (*Laura hace un gesto involuntario, pero se detiene*).

Julian:
(*Indiferente*). Sí, funciona mejor que la mayoría.

Michael:
(*Mientras mira de reojo a Laura*). Parece… excepcional.

Jan:
(*Se levanta del escabel y se sitúa detrás de la silla del inspector*). Richard tenía muchas armas. Y tiene una que solía utilizar en África para matar elefantes. ¿Quiere verlas? Están en el dormitorio de Richard, por allí.

Insp. Thomas:
(*Incorporándose*). Muy bien, vamos a verlas. (*Sonriendo a Jan*). ¿Sabes?, nos estás ayudando mucho, deberíamos incorporarte al cuerpo de policía. (*Apoya una mano en el hombre del muchacho y salen con Jan y el sargento, en la puerta antes de salir*). No es necesario que se quede, señor Starkwedder. Puede ocuparse de sus asuntos, pero manténgase en contacto.

Michael:
De acuerdo, inspector. (*Se hace un silencio tenso*). Bien, supongo que he de comprobar si han logrado sacar mi coche de la cuneta; no pasamos por delante al venir aquí.

Laura:
No. El sendero comienza al otro lado de la carretera.

Michael:
Ya veo. (*Se dirige a los ventanales*). ¡¡Qué diferente se ve todo a la luz del día!!

Laura:
(*Tan pronto Michael sale, se miran ambos*). ¡¡Julian!! ¡¡El encendedor!! ¡¡Dije que era mío!!

Julian:

¿Dijiste que era tuyo? ¿Al inspector?

Laura:
No. A él.

Julian:
A ese tipo… (*Se calla al ver a Michael pasearse por la terraza*). Laura…

Laura:
¡¡Ten cuidado!!… Quizás nos esté escuchando.

Julian:
¿Quién es? ¿Lo conoces?

Laura:
(*Va al centro del estudio*). No, no lo conozco. Tuvo un accidente con el coche y vino anoche, justo después de…

Julian:
(*Rozándole la mano extendida sobre el sofá*). No pasa nada, Laura. Sabes que haré todo lo que pueda.

Laura:
Julian… las huellas dactilares.

Julian:
¿Qué huellas?

Laura:
En esa mesa y en el cristal de la ventana. ¿Son tuyas? (*Al ver a Michael, cruzarse por la ventana le suelta la mano a Julian y apartándose de él, dice en voz alta*). Es muy amable de tu parte, Julian. Estoy convencida de que puedes ayudarnos en muchas cosas. (*Michael vuelve a desparecer de la vista*). ¿Son tuyas esas huellas dactilares, Julian? Piensa.

Julian:
(*Piensa un momento*). Las de la mesa, quizás sí.

Laura:
¡¡Dios mío!! ¿Qué vamos a hacer? (*Se vuelve a ver a Michael*). La policía sospecha de un hombre llamado MacGregor.

Julian:
Muy bien. Es probable que sigan pensando así.

Laura:
Pero imagina…

Julian:
(*La interrumpe*). Debo marcharme, tengo una reunión. No pasa nada. No te preocupes, yo me ocuparé de que estés bien. (*Le da unas palmadas en el hombro y se dirige al ventanal, mientras Laura lo mira sin comprender y casi con desesperación. Al llegar al ventanal, casi choca con Michael, que entra*).

Michael:
¿Se marcha usted a alguna parte?

Julian:
Sí. En estos días estoy bastante ajetreado. Las elecciones se celebran dentro de una semana.

Michael:
Perdone mi ignorancia, pero ¿qué partido representa usted? ¿El Conservador?

Julian:
(*Con altivez*). Soy Liberal.

Michael:
¡¡Ah!! ¿Todavía existen? (*Julian se va sin decir palabra. Michael mira duramente a Laura y con furia contenida*): Ya veo, o al menos estoy empezando a ver.

Laura:
¿Qué quiere decir?

Michael:
Es su amiguito, ¿verdad? (*Se acerca a ella*). Vamos. ¿Sí o no?

Laura:
(*Desafiante*). Ya que lo pregunta: ¡¡sí lo es!!

Michael:
Hay muchas cosas que no me dijo anoche, ¿no es cierto? Por

eso tomó su encendedor tan rápido y dijo que era suyo. (*Se aleja un poco y se vuelve a mirarla*). ¿Cuánto tiempo hace que dura esta historia entre ustedes dos?

Laura:
(*En un hilo de voz*). Bastante.

Michael:
¿Nunca pensó en abandonar a Warwick y marcharse con él?

Laura:
No. Está la carrera política de Julian. Podría arruinarlo.

Michael:
(*Se sienta malhumorado en el extremo del sofá*). Seguro que no, hoy en día no. ¿No aceptan todos el adulterio con naturalidad?

Laura:
Son circunstancias muy especiales. Era amigo de Richard, y tratándose de un inválido…

Michael:
Sí, ya veo. Es cierto que eso no representaría una buena publicidad electoral para él.

Laura:
(*Se acerca y se coloca de pie delante de él, con frialdad*). Supongo que piensa que debería habérselo explicado anoche.

Michael:
(*Apartando la mirada*). No tenía ninguna obligación de hacerlo.

Laura:
(*Parece más tranquila*). No pensé que importara… Quiero decir… lo único en que podía pensar, era en que había matado a Richard.

Michael:
Entiendo… Yo tampoco podía pensar en nada más. (*Hace silencio, y después de unos momentos*). Vamos a hacer un pequeño experimento. ¿Dónde se encontraba ayer cuando

disparó a Richard?

Laura:
(*Perpleja*). ¿Dónde me encontraba?

Michael:
Sí, eso he dicho.

Laura:
(*Después de pensar un momento, señala los ventanales*). Allí.

Michael:
Acérquese al lugar desde donde disparó.

Laura:
(*Se incorpora y comienza a deambular por la habitación, parece asustada*). No… no lo recuerdo. No me pida que lo recuerde.

Michael:
Su marido dijo algo, algo que hizo que usted tomara la pistola. (*Se levanta del sofá para apagar el cigarrillo*). Vamos, representemos la escena. Allí está la mesa y la pistola. Estaban discutiendo y usted tomo la pistola. Vamos, tómela…

Laura:
¡¡No quiero!!

Michael:
No sea tonta. No está cargada. Vamos, tómela. (*Laura, reticente lo hace*). Recuerde que la agarró con fuerza, no como ahora. La agarró con fuerza y disparó. Muéstreme cómo lo hizo.

Laura:
(*Alejándose unos pasos de él*). Yo… yo. (*Intenta apuntar el arma*).

Michael:
¡¡Vamos!! Dispare, no está cargada. (*Laura titubea, él se levanta y le quita la pistola*). ¡¡Me lo imaginaba!!… Jamás ha disparado un arma en su vida. No sabe cómo hacerlo. (*Con la vista clavada en la pistola*). Usted no disparó a su marido.

Laura:
(*Insistiendo*). Sí que lo hice.

Michael:
No, no lo hizo.

Laura:
(*Asustada*). ¿Por qué iba a decir entonces que lo hice yo?

Michael:
(*Respira hondo, se acerca al sofá y se deja caer en él*). La respuesta es bastante evidente: porque fue Julian Farrar quien lo mató.

Laura:
(*Casi en un grito*) ¡¡NO!!

Michael:
¡¡SÍ!!

Laura:
¡¡NO!!!!

Michael:
¡¡Yo sé que sí!!

Laura:
Si fue Julian, ¿por qué diablos iba a decir que lo hice yo?

Michael:
(*Con mirada desapasionada*). Porque usted pensó, con bastante acierto, que yo la encubriría, y tuvo razón… Sí, jugó muy bien conmigo. Pero se acabó, ¿lo entiende? Que me maten si voy a contar un montón de mentiras para salvar el pellejo del Mayor Farrar.

Laura:
(*Se hace un silencio. Laura sonríe*). ¡¡Sí que lo hará!! ¡¡Tendrá que hacerlo!! Ya le ha dado su versión a la policía. ¡¡Ahora no puede cambiarla!!

Michael:
(*Perplejo*). ¿Qué?

Laura:
(*Sentándose en el sillón*). Por mucho que sepa, o crea saber, tendrá que ajustarse a su versión. Ahora, es usted cómplice, lo dijo usted mismo.

Michael:
(*Levantándose*). ¡¡Miserable tramposa!!

(La mira con desprecio, gira sobre sus talones y sale por el ventanal. Laura lo ve marcharse, hace ademán de querer detenerlo, cambia de opinión y con aire abatido, abandona el estudio por la puerta del estudio).

APAGÓN

ACTO TERCERO

Ese mismo día, a última hora de la tarde.
Julian camina nervioso de un extremo otro del estudio. El sol a punto de ocultarse, proyecta una luz dorada sobre el jardín. Julian contempla varias veces su reloj.
Mientras espera, ve el periódico. Lee en voz alta:

Julian:
«Prominente residente local. Asesinado por un agresor misterioso». (*Sigue leyendo con nerviosismo. Pasado un rato, se incorpora y va hacia los ventanales y observa. Oye un ruido a su espalda y se vuelve nervioso*). Laura, lo siento, yo…

Angell:
Señor, la Señora Warwick me ha pedido que le comunique que bajará enseguida. Pero, yo me preguntaba si era posible hablar con usted un momento.

Julian:
Claro. ¿De qué se trata? (*Angell se dirige hacia la puerta del estudio y observa preocupado de que alguien pueda escucharlo*). ¿Y bien?

Angell:
Señor, siento cierta preocupación sobre mi situación en esta casa y quería consultarlo con usted.

Julian:
Y bien, ¿cuál es el problema?

Angell:
(*Reflexiona un momento*). Con la muerte del señor Warwick, pierdo mi puesto de trabajo.

Julian:
Sí, supongo que sí. Pero, no creo que tenga dificultad en encontrar otro, ¿verdad?

Angell:
Espero que no, Señor.

Julian:
Usted es un hombre calificado, ¿no es cierto?

Angell:
Oh, sí. Además, siempre tengo la posibilidad de trabajar en un hospital o en un centro privado, ya lo sé.

Julian:
Entonces, ¿qué le preocupa?

Angell:
Pues bien, señor, las circunstancias en que este trabajo ha llegado a su término, han sido muy desagradables para mí.

Julian:
Hablando en cristiano, no le gusta la idea de verse involucrado en un asesinato, ¿no es eso?

Angell:
Podríamos decirlo así, señor.

Julian:
Pues bien, me temo que nada puede hacerse al respecto. De todos modos, supongo que la señora Warwick le dará buenas referencias. (*Saca sus cigarrillos*).

Angell:
No creo que haya ningún problema al respecto, señor. La señora Warwick, es una persona muy agradable, encantadora, si se me permite decirlo.

Julian:
(*Sospechando de las intenciones del mayordomo*). ¿Qué quiere decir?

Angell:

(*Con voz melosa*). No quisiera causarle ninguna molestia a la señora Warwick.

Julian:
¿Quiere decir que está alargando su estadía por deferencia a ella?

Angell:
Es cierto, señor, que la ayudo en los asuntos de la casa, pero no es eso lo que quería decir exactamente. (*Hace silencio un instante*). De hecho, es una cuestión de conciencia, señor.

Julian:
(*Irritado*). ¿Qué puñetas quiere decir?

Angell:
(*Parece incómodo, pero con voz segura*). Creo que no se da cuenta de la dificultad de mi situación, señor, al tener que declarar ante la policía, quiero decir. Es mi deber como ciudadano ayudar a la policía en todo lo que me sea posible pero, al mismo tiempo, quisiera permanecer fiel a mis patrones.

Julian:
(*Encendiendo su cigarrillo*). Habla usted como si hubiera alguna clase de conflicto.

Angell:
Si lo piensa bien, señor, se dará cuenta de que es inevitable. Podríamos decir, que se da un conflicto de lealtades.

Julian:
¿Adónde quiere llegar, Angell?

Angell:
La policía, señor, no puede evaluar la situación. Quizá y sólo quizá, esta situación pudiera resultar muy importante en un caso como éste. Sabe usted, hace bastante tiempo que sufro de insomnio.

Julian:
¿Es necesario que hablemos de sus dolencias?

Angell:
Me temo que sí, señor, pues aunque ayer me retiré temprano, fui incapaz de conciliar el sueño.

Julian:
(*Con acritud*). Cuánto lo siento. Pero, realmente…

Angell:
Verá, señor, dada la ubicación de mi dormitorio en esta casa, he llegado a tener conocimiento de ciertos asuntos que quizás la policía, no sea plenamente consciente.

Julian:
¿Qué intenta usted decir?

Julian:
El difunto señor Warwick era un hombre enfermo e inválido. En estas tristes circunstancias, era de esperar que una mujer atractiva como la señora Warwick buscara, ¿cómo diría yo?, otro vínculo en otra parte.

Julian:
¿Así que se trata de eso? Creo que no me agrada su tono, Angell.

Angell:
No, señor. No se precipite en su juicio. Si lo piensa bien, quizá comprenda lo difícil que es mi situación, pues poseo una información que, de momento, no he compartido con la policía, pero que quizá sería mi responsabilidad hacerlo.

Julian:
(*Mirándolo con frialdad*). Creo que lo de ir a la policía, es una fanfarronada, un farol; lo que usted quiere decir es que podría remover este asunto, a no ser que… (*se detiene*). ¿A no ser qué?

Angell:
(*Encogiéndose de hombros*). Como usted bien dice, soy enfermero matriculado. Pero, a veces, Mayor Farrar, pienso que me gustaría establecer mi propio negocio, un pequeño centro, no una clínica, sino un lugar en el que pudiera cuidar

a cinco o seis pacientes. Con la ayuda de un asistente, claro. Seguramente, los pacientes, serían hombres difíciles de cuidar en casa por sus problemas con el alcohol, ya sabe. Por desgracia, aunque he conseguido ahorrar una suma considerable, no es suficiente, y por ello me preguntaba, si…

Julian:
(*Completando la frase por él*). Usted se preguntaba si yo, o si yo y la señora Warwick, podríamos ayudarle con su proyecto.

Angell:
Sólo me lo preguntaba, señor. Sería muy bondadoso de su parte.

Julian:
(*Sarcástico*). Sí que lo sería, ¿verdad?

Angell:
Usted ha sugerido, con cierta precipitación, que amenazaba con remover el asunto, supongo que está pensando en el escándalo. Pero, no es esa mi intención, señor. Jamás soñaría con hacer algo así.

Julian:
¿Adónde quiere llegar, Angell? Porque es obvio que pretende llegar a alguna parte.

Angell:
(*Sonriendo con modestia, pero con seguridad*). Como le decía, señor, anoche no podía dormir; así que estaba tumbado en la cama escuchando la sirena de niebla, cuando de pronto, creí oír una persiana chocando contra una ventana, un ruido muy molesto cuando se intenta dormir. Me levanté, miré por la ventana y me pareció que se trataba de una ventana de la despensa, situada casi debajo de la mía.

Julian:
¿Y bien?

Angell:
Decidí bajar a cerrar la persiana. Y cuando lo hacía, oí un disparo. En ese momento, no le di mayor importancia, pues

pensé: «Ya está otra vez el señor Warwick haciendo de las suyas, aunque es imposible que vea nada con esta neblina». Después me dirigí a la despensa y cerré la ventana. No sé por qué, pero mientras estaba allí, me invadió cierta inquietud. Además, al otro lado de la ventana, oí unos pasos en dirección a la casa.

Julian:
Se refiere al camino que lleva a…

Angell:
Sí, señor. El camino que va desde la terraza, rodea la casa y pasa por delante de las dependencias de servicio. Nadie utiliza ese camino, señor, excepto usted cuando lo toma como atajo para ir a su casa. (*Clava su mirada en Julian*).

Julian:
Prosiga.

Angell:
Como le decía, me sentía un poco inquieto, pensaba que había algún extraño por la casa. Así que no puede imaginarse el alivio que sentí, al verle pasar por delante de la ventana de la despensa. Caminaba deprisa, en dirección a su casa.

Julian:
(*Guarda silencio y después dice*). Realmente, no entiendo cuál es el sentido de lo que me explica.

Angell:
(*Con un carraspeo de disculpa*). Sólo me preguntaba, señor, si usted había mencionado a la policía que ayer estuvo aquí visitando al señor Warwick. Si no es así, y suponiendo que me interrogaran de nuevo sobre los acontecimientos de anoche…

Julian:
Supongo que es consciente de que la pena por chantaje es muy dura, ¿no?

Angell:
(*Con aire sorprendido*). ¿Chantaje, señor? No sé qué quiere

decir, tan sólo se trata de mi deber para con la policía…

Julian:
La policía ya está satisfecha con la identidad de la persona que asesinó al señor Warwick, de hecho, a ese tipo sólo le faltó firmar con su nombre, por lo que no es muy probable que vayan a hacerle más preguntas.

Angell:
(*Con tono alarmado*). Le aseguro, señor, que sólo quería…

Julian:
Sé muy bien que es imposible que reconociera a nadie en la niebla tan espesa de anoche, sólo se ha inventado esta historia para… (*se detiene bruscamente al ver entrar a Laura al estudio*).

Laura:
(*Parece sorprendida al ver a Julian y a Angell, conversando*). Siento haberte hecho esperar, Julian.

Angell:
Señor, quizás pueda hablar con usted más tarde sobre este pequeño asunto. (*Hace una pequeña reverencia a Laura y sale*).

Laura:
(*Con apremio*). Julian, tengo que…

Julian:
(*Interrumpiendo, enojado*). ¿Por qué me has mandado llamar, Laura?

Laura:
(*Sorprendida*). Te he estado esperando todo el día.

Julian:
He estado muy ocupado toda la mañana, y esta tarde he tenido varias reuniones; no puedo dejar esas cosas cuando están tan cerca las elecciones. De todos modos, ¿no crees que sería mejor dejar de vernos por una temporada?

Laura:
Pero, necesitamos hablar de varias cosas.

Julian:
¿Sabes que Angell ha intentado chantajearme?

Laura:
(*Incrédula*). ¿Angell?

Julian:
Sí. Está claro que sabe lo nuestro y también sabe, o al menos dice saber, que estuve aquí anoche.

Laura:
(*Ahoga un grito*). ¿Quieres decir que te vio?

Julian:
Dice que me vio.

Laura:
Pero es imposible que te viera con esa niebla.

Julian:
Me ha contado una historia sobre que bajó a la despensa para cerrar una persiana y que me vio pasar cuando regresaba a casa. También dice que oyó un disparo poco antes, pero que no le dio importancia.

Laura:
¡¡Dios mío!! ¡¡Qué horror!! ¿Qué vamos a hacer?

Julian:
(*Va a abrazarla, pero se contiene mirando hacia el interior de la casa*). Todavía no sé qué vamos a hacer, tendremos que pensar en algo.

Laura:
No le vas a pagar, ¿verdad?

Julian:
No. Si empiezas, es el principio del fin. Pero, por otro lado, ¿qué puede hacerse? Pensé que nadie sabía que estuve aquí anoche, estoy convencido de que mi ama de llaves lo ignora. Pero la cuestión es: ¿es cierto que me vio Angell, o sólo finge haberme visto?

Laura:
(*Con voz temblorosa*). ¿Qué sucederá si acude a la policía?

Julian:
No sé. Tenemos que pensar, pensar con cuidado. (*Camina de un lado a otro*). Podríamos ignorarlo, aduciendo que es una fanfarronada y que está mintiendo, que yo jamás salí de casa anoche.

Laura:
Pero están las huellas dactilares.

Julian:
¿Qué huellas?

Laura:
Te has olvidado de las huellas de la mesa. La policía cree que son de MacGregor, pero si Angell les cuenta esta historia, querrán tomar tus huellas y entonces…

Julian:
Ya. Bien, pues entonces tendré que reconocer que estuve aquí e inventarme alguna historia, que vine para ver a Richard y que conversamos…

Laura:
Podrías decir que se encontraba en perfecto estado cuando te marchaste.

Julian:
(*Sin afecto alguno*). ¡¡Qué fácil haces que parezco todo!! (*Sarcástico*). ¿De verdad puedo decir eso?

Laura:
(*A la defensiva*). ¡¡Algo tendrás que decir!!

Julian:
Sí, que apoyé la mano sobre la mesa cuando me incliné a ver…

Laura:
Siempre y cuando piensen que las huellas son de MacGregor

Julian:
(*Furioso*). ¡¡MacGregor!!, ¡¡MacGregor!!, ¿qué demonios te hizo sacar ese mensaje del periódico y ponerlo sobre el cuerpo de Richard? ¿No estabas corriendo un gran riesgo?

Laura:
(*Chilla confundida*). Sí… No… ¡¡No lo sé!! (*Julian la contempla con desprecio*). Teníamos que pensar en algo. Yo… yo no podía pensar. Fue idea de Michael.

Julian:
¿Michael?

Laura:
Michael Starkwedder.

Julian:
(*Incrédulo*). ¿Quieres decirme que él te ayudó?

Laura:
¡¡Sí, lo hizo!! Por eso quería verte, para explicarte…

Julian:
(*Acercándose a Laura*). ¿Qué tiene que ver ese Michael, ese Michael Starkwedder en todo esto?

Laura:
Entró y me encontró allí, con la pistola en la mano y…

Julian:
(*Apartándose de ella*). ¡¡Dios Santo!! Y de alguna manera le convenciste de que…

Laura:
Creo que él me convenció a mí. (*Con tristeza, da un paso hacia Julian*). ¡¡Oh, Julian!!

Julian:
(*Apartando los brazos de Laura que intentan rodearle el cuello*). Ya te lo he dicho, haré todo lo que pueda. No creas que no, pero…

Laura:

Has cambiado.

Julian:
Lo siento, pero es que no puedo sentir lo mismo. (*Desesperado*). Después de lo sucedido, no puedo sentir lo mismo.

Laura:
Yo sí. Al menos, eso creo. No importa lo que hayas hecho Julian, siempre sentiré lo mismo.

Julian:
Nuestros sentimientos no importan ahora. Tenemos que ajustarnos a los hechos.

Laura:
Lo sé. Dije a Starkwedder que yo… bueno, ya sabes, que fui yo.

Julian:
(*Incrédulo*). ¿Le dijiste eso a Starkwedder?

Laura:
Sí.

Julian:
¿Y estuvo de acuerdo en ayudarte? ¿Un extraño? ¡¡Ese hombre debe estar loco!!

Laura:
Sí, quizá esté un poco loco, pero fue reconfortante tenerle allí.

Julian:
¡¡Así que no hay hombre que se te resista!! ¿Se trata de eso? De todos modos, un asesinato…

Laura:
(*En tono casi suplicante*). Intentaré no pensar en ello. No fue premeditado Julian, fue un impulso.

Julian:
No es necesario que hablemos más de ello. Ahora, tenemos

que pensar en lo que vamos a hacer.

Laura:
Ya lo sé, están tus huellas y el encendedor.

Julian:
Sí. Debió caerse cuando me incliné sobre el cuerpo.

Laura:
Starkwedder sabe que el encendedor es tuyo.

Julian:
(*Con tono heroico*). Llegado el caso, yo asumiré la culpa.

Laura:
(*Tomándolo del brazo*). ¡¡No quiero que hagas eso!! (*Suelta su brazo mientras mira hacia la casa*). ¡¡No quiero que lo hagas!!

Julian:
No creas que no entiendo cómo sucedió. Tomaste la pistola y le disparaste sin saber lo que hacías, y…

Laura:
(*Ahoga un grito*). ¿Qué?… ¿Acaso pretendes que les diga que lo maté yo?

Julian:
(*Avergonzado*). En absoluto. Ya te he dicho que estoy dispuesto a asumir la culpa si fuera necesario.

Laura:
(*Sacude la cabeza perpleja*). Pero si decías que sabías cómo había ocurrido…

Julian:
(*La mira*). Escucha, no creo que fuera un acto deliberado ni premeditado. Sé que no lo fue, sé que le disparaste porque…

Laura:
(*Interrumpiéndolo*). ¿Qué yo le disparé? ¿Realmente crees que yo le disparé?

Julian:
(*Dándose vuelta*). ¡¡Dios Mío!! Va a ser imposible, ni siquiera

somos capaces de ser honestos con nosotros mismos.

Laura:
(*Parece desesperada, intenta calmarse*). ¡¡Yo no le disparé y tú lo sabes!!

Julian:
(*Se hace un silencio, se vuelve lentamente hacia ella*). Entonces, ¿quién lo hizo? (*De pronto, comprendiendo todo*). ¡¡Laura!! No estarás diciendo que yo lo maté.

Laura:
(*Están frente, luego de una pausa*). Oí el disparo, Julian. Oí el disparo y tus pasos mientras te alejabas por el camino. Bajé, y allí estaba Richard, muerto.

Julian:
(*Pasado un instante, con suavidad*). Laura, yo no lo maté. Vine para hablar con Richard, para decirle que después de las elecciones tendríamos que llegar a algún acuerdo sobre el divorcio. Oí un disparo poco antes de llegar, pensé que se trataba de unos de los juegos de Richard, como siempre. Entré, y allí estaba, muerto. El cuerpo todavía estaba caliente.

Laura:
(*Perpleja*). ¿Caliente?

Julian:
No llevaba más de uno o dos minutos muerto. Como es natural, pensé que lo habías matado tú. ¿Quién más podría haber sido?

Laura:
(*Murmura*). No lo comprendo.

Julian:
Supongo… supongo que pudo haber sido un suicidio.

Laura:
No, no pudo ser porque… (*Se interrumpe al escuchar los gritos de Jan dentro de la casa, Laura y Julian se acercan a la puerta*).

Jan:
(*Entrando a la carrera*). ¡Laura! Laura, ahora que Richard está muerto, todas sus pistolas, rifles y cosas así me pertenecen, ¿verdad? Quiero decir, soy su hermano, soy el hombre de la familia.

Laura:
(*Intenta tranquilizar a Jan, mientras Julian se sienta en el borde del sofá*). Tranquilo, tranquilo.

Jan:
Benny no me deja agarrar las armas, las ha guardado con llave en el armario de allá arriba. Pero son mías, estoy en mi derecho. Dile que me dé la llave.

Laura:
Escucha, Jan, cariño…

Jan:
(*Se levanta bruscamente, va hacia la puerta, se vuelve*). Me trata como a un niño, pero soy un hombre. Tengo diecinueve años, soy casi mayor de edad. (*Abre los brazos*). Todas las cosas de Richard me pertenecen. Haré lo mismo que él, dispararé contra las ardillas, los pájaros y los gatos. (*Ríe histéricamente*). Quizá dispare también contra las personas que no me gustan.

Laura:
No debes excitarte, Jan.

Jan:
No estoy excitado. Pero no voy a dejar que… que me victimicen. Ahora, soy el señor de la casa y todos harán lo que yo diga. (*A Julian*). Yo también podría ser Juez de Paz si quisiera, ¿verdad Julian?

Julian:
Todavía eres demasiado joven para eso.

Jan:
(*Encogiéndose de hombros, se vuelve hacia Laura*). Todos me tratan como a un niño. Pero ahora que Richard ha muerto, no pueden. (*Va hasta el sofá, se sienta cruzando las piernas*).

Además, ahora supongo que soy rico, ¿verdad? Esta casa me pertenece, nadie puede mandarme, ahora mandaré yo. No dejaré que la tonta de Benny me diga lo que tengo que hacer, si Benny intenta órdenes, yo… ¡¡yo ya sé lo que haré!!

Laura:
(*Acercándose a él, con dulzura*). Jan, cariño, éste es un momento muy difícil para todos, y las cosas de Richard no pertenecerán a nadie hasta que vengan los abogados, lean el testamento y lo autentifiquen, ¿lo comprendes?

Jan:
(*Súbitamente calmado, rodeo con los brazos la cintura de Laura y le apoya la cabeza en el regazo*). Comprendo lo que dices, Laura. Te quiero mucho.

Laura:
Sí, cariño. Yo también te quiero.

Jan:
Estás contenta de que Richard haya muerto, ¿verdad?

Laura:
(*Sorprendida*) No. Claro que no.

Jan:
(*Astuto*). Sí que lo estás. Ahora, podrás casarte con Julian. (*Laura mira rápidamente a Julian*). Sé que hace mucho tiempo que quieres casarte con Julian. Todos piensan que no me doy cuenta de las cosas, o que no sé nada, pero no es así. Ahora, están bien, la situación se ha arreglado y están contentos. Están contentos porque… (*Se interrumpe porque oye la voz de la Señorita Bennet llamándolo, da saltos en el sofá gritando*). ¡¡Benny tonta!!

Laura:
(*Lo reprende mientras lo ayuda a ponerse de pie*). Pórtate bien con Benny. Estoy muy preocupado por todo esto. (*Lo acompaña a la puerta*). Tienes que ayudar a Benny, Jan, porque ahora eres el hombre de la familia.

Jan:

(*Mirando a ambos*). De acuerdo, de acuerdo. Lo haré. (*Sale gritando*). ¡¡Benny!!

Laura:
(*Se da vuelta mirando a Julian, que se acerca a ella*). No tenía ni idea de que supiera lo nuestro.

Julian:
Ése es el problema con las personas como Jan. Nunca sabes cuánto saben. Es muy… quiero decir… se altera muy rápido, ¿verdad?

Laura:
Sí se pone muy nervioso muy rápido. Pero ahora que no está Richard para burlarse de él, se tranquilizará, será mucho más normal, estoy segura.

Julian:
No lo sé. (*Se interrumpe al ver entrar a Michael por la puerta-ventana*).

Michael:
(*En tono alegre*). Hola

Julian:
(*Titubeando*). Hola

Michael:
(*Mirando a ambos*). ¿Cómo va todo?, ¿felices como perdices? Ya veo: dos son compañía y tres son multitud. No debería haber entrado por la puerta ventana así, un caballero se hubiera dirigido a la puerta principal y hubiera tocado timbre, ¿no es verdad? Pero, saben, yo no soy ningún caballero.

Laura:
Por favor…

Michael:
(*Interrumpiendo*). De hecho, he venido por dos razones. En primer lugar, para despedirme, ya han verificado mis antecedentes y las altas esferas de Abadán han confirmado

que soy un hombre bueno y honesto. Así que, soy libre de marcharme.

Laura:
Siento que se vaya tan pronto.

Michael:
(*Con cierta acritud*). Muy amable de su parte, sobre todo si se tiene en cuenta la manera en que me he entrometido en este asesinato familiar. (*Mirando a Laura*). Pero he entrado por la puerta-ventana, por otra razón. La policía me ha acompañado en su coche y, aunque no se han mostrado muy comunicativos, creo que se traen algo entre manos.

Laura:
(*Ahogando un grito*). ¿La policía ha vuelto?

Michael:
Sí.

Laura:
Pero, pensé que habían terminado esta mañana.

Michael:
(*Astuto*). ¡¡Por eso digo que se traen algo entre manos!!

(Se oyen voces en el pasillo, Julian y Laura se aproximan a la puerta, por donde entra la Señora Warwick).

Sra. Warwick:
¡¡Benny!!… Ah, estás aquí Laura, te estábamos buscando. (*Julian se acerca y la ayuda a sentarse en el sofá*). Qué amable de tu parte volver a pasar por aquí, Julian, con lo ocupado que estás.

Julian:
Hubiera venido antes, Señora Warwick, pero hoy ha sido un día especialmente ajetreado. Si puedo hacer para ayudar… (*Calla al ver entrar a la Señorita Bennet y al inspector al estudio. Trae un maletín y se dirige al centro del estudio. Starkwedder se sienta en la silla del escritorio y enciende un cigarrillo mientras el Sargento Cadwallader entra junto a Angell*).

Sgto. Cadwallader:
No encuentro al joven Warwick, señor. (*Se acerca a los ventanales*).

Srta. Bennet:
Está fuera en algún lugar, ha salido a dar un paseo.

Insp. Thomas:
(*Observa a todos los presentes y su actitud es de severidad*). No importa.

Sra. Warwick:
(*Después de esperar unos instantes, con frialdad*). ¿Debo suponer que tiene más preguntas para hacer, inspector?

Insp. Thomas:
Me temo que sí, Señora Warwick.

Sra. Warwick:
(*Con voz cansada*). ¿Todavía no tiene noticias de ese MacGregor?

Insp. Thomas:
Al contrario.

Sra. Warwick:
(*Ansiosa*). ¿Lo han encontrado?

Insp. Thomas:
Sí. (*Todos reaccionan. Laura y Julian, incrédulos, Michael, se vuelve hacia el inspector*).

Srta. Bennet:
(*Con voz severa*). Entonces, ¿le han arrestado?

Insp. Thomas:
(*La mira antes de responder*). Creo que eso es imposible, Señorita Bennet

Srta. Bennet:
¿Imposible?… ¿Por qué?

Insp. Thomas:
(*Con voz seca*). Porque está muerto. (*Se produce un silencio*

atónito).

Laura:
(*Con voz temerosa y titubeante*). ¿Qué ha dicho?

Insp. Thomas:
He dicho que MacGregor ha muerto… John MacGregor murió en Alaska hace más de dos años, poco después de regresar de Inglaterra a Canadá.

Laura:
(*Incrédula*). ¡¡Muerto!!

Insp. Thomas:
(*Se ve en el ventanal cruzar a Jan*). Esto lo cambia todo, ¿no es cierto? No fue John MacGregor quien colocó esa nota de venganza sobre el cadáver del Señor Warwick. Pero es obvio que la dejó alguien que conocía la historia de MacGregor y del accidente de Norfolk, ¿no creen? (*Se acerca al escabel y apoya su maletín*). Lo cual nos limita, en forma definitiva, a alguna persona de esta casa.

Srta. Bennet:
(*Protesta*). No. ¿No pudo haber sido…?

Insp. Thomas:
¿Sí, Señorita Bennet? (*Incapaz de decir algo y desesperada, va hacia los ventanales. El inspector se dirige hacia la Señora Warwick, en tono compasivo*). Como usted comprenderá, esto cambia totalmente las cosas.

Sra. Warwick:
(*Poniéndose de pie*) Sí. Por supuesto. ¿Me necesita para algo más, inspector?

Insp. Thomas:
De momento no, Señora Warwick.

Sra. Warwick:
Gracias. (*Sale, la acompaña Angell*).

Insp. Thomas:
(*Abre el maletín y extrae una pistola*). ¡¡Angell!!

Angell:
(*Sobresaltado, regresa al estudio*). ¿Sí, señor?

Insp. Thomas:
(*Acercándose con un arma en la mano*). Es acerca de esta pistola; esta mañana no estaba seguro, pero ¿puede o no puede decir con certeza si pertenecía al Señor Warwick?

Angell:
No quisiera equivocarme, inspector. Tenía muchas pistolas.

Insp. Thomas:
Se trata de una pistola europea, supongo que es el recuerdo de alguna parte. (*Jan vuelve a cruzar la terraza con una pistola en la mano*).

Angell:
(*Mirando el arma que el inspector tiene en la mano*). El señor Warwick poseía algunas pistolas extranjeras, señor. Pero, él mismo se ocupaba de sus armas y no dejaba que yo las tocara.

Insp. Thomas:
(*A Julian*). Mayor, seguramente usted tiene recuerdos de la guerra. ¿Le dice algo esta arma?

Julian:
Me temo que no.

Insp. Thomas:
(*Guardando el arma en el maletín*). El Sargento Cadwallader y yo, queremos examinar la colección de armas del Señor Warwick. Creo entender, que tenía licencia para la mayoría.

Angell:
¡¡Oh, sí!! Las licencias se encuentran en uno de los cajones de su dormitorio, y todas las pistolas y el resto de las armas, están en el armario de las armas.

Srta. Bennet:
(*Impidiendo que el sargento abandone la habitación*). Un momento. Querrá usted la llave del armario. (*La saca del*

bolsillo).

Insp. Thomas:
¿Lo ha cerrado con llave? ¿Por qué?

Srta. Bennet:
(*Lacónica*). Creo que esa pregunta es innecesaria. Tantas armas, y la munición… es muy peligroso. Todo el mundo lo sabe. (*El sargento disimula una sonrisa y la Señorita Benny le entrega la llave*).

Insp. Thomas:
(*Disgustado por el comentario de la Señorita Bennet*). Necesito hablar de nuevo con usted, Angell. (*Toma el maletín y sale acompañado por el sargento*).

Angell:
(*No sale de inmediato, se acerca a Julian*). Sobre ese pequeño asunto, señor. Estoy impaciente por arreglarlo pronto…

Julian:
(*Con voz entrecortada*). Creo… creo que podré hacer algo al respecto.

Angell:
(*Con una sonrisa*). Gracias, señor. Muchas gracias. (*Comienza a salir*).

Julian:
(*Autoritario*) ¡¡NO!! Espere un momento, Angell. (*Angell se vuelve a acercar*). ¡¡Inspector Thomas!! (*Pausa tensa*).

Insp. Thomas:
(*Regresando*). ¿Sí, Señor Farrar?

Julian:
(*Acercándose al sillón*). Antes de que empiece con las preguntas rutinarias, hay algo que debería haberle dicho. De hecho, tendría que habérselo mencionado esta mañana, pero estábamos todos tan consternados… La Señora Warwick acaba de informarme de que desean identificar unas huellas dactilares. Aquí, en la mesa, me parece que dijo; pues bien,

con toda probabilidad, serán mías. (*Silencio*).

Insp. Thomas:
(*Se acerca lentamente*). ¿Estuvo usted anoche aquí, Mayor Farrar?

Julian:
Sí. Vine a conversar con Richard, después de cenar, como hago a menudo.

Insp. Thomas:
¿Y lo encontró…?

Julian:
Lo encontré muy malhumorado y depresivo, así que no me quedé por mucho tiempo.

Insp. Thomas:
¿A qué hora fue eso?

Julian:
No me acuerdo, quizá a las diez o a las diez y media.

Insp. Thomas:
¿Podría ser más preciso?

Julian:
Lo siento, pero no.

Insp. Thomas:
(*Después de una pausa, pretendiendo parecer indiferente*). ¿Supongo que no discutirían acaloradamente?

Julian:
(*Consultando su reloj*). No, por supuesto que no. Tengo que asistir a una reunión en el Ayuntamiento y no puedo retrasarme. (*Comienza a salir*). Así que si no le importa…

Insp. Thomas:
No puede hacer esperar a lo del Ayuntamiento. Pero estoy seguro de que entenderá, Mayor Farrar, que me gustaría tener una declaración completa sobre sus movimientos de anoche. Quizás podamos hacerlo mañana por la mañana.

(*Pausa*). Se dará cuenta, claro, de que no tiene obligación alguna de declarar, que es un acto plenamente voluntario por su parte, y que tiene derecho a exigir la presencia de un abogado. (*La Señora Warwick vuelve a entrar en la habitación*).

Julian:
Lo comprendo perfectamente. ¿Qué le parece mañana a las diez? Mi abogado estará presente.

Insp. Thomas:
(*Julian se va por la terraza, volviéndose a Laura*). ¿Vio al Mayor Farrar cuando vino aquí anoche?

Laura:
(*Titubeante*). Yo… yo…

Michael:
No creo que a la Señora Warwick le apetezca contestar ninguna pregunta ahora mismo.

Insp. Thomas:
(*Se miran en silencio*). ¿Qué ha dicho usted, señor Starkwedder?

Michael:
He dicho que no creo que a la Señora Warwick, le apetezca contestar más preguntas en este momento.

Insp. Thomas:
¿De verdad? ¿Acaso es asunto suyo?

Sra. Warwick:
El señor Starkwedder tiene razón.

Laura:
(*El inspector la mira en forma inquisidora*). No, no quiero responder más preguntas ahora mismo. (*Satisfecho, Michael sonríe al inspector que abandona la habitación, seguido por el Sargento y Angell*).

Laura:
Pero debería hablar, debo… debo decirles.

Sra. Warwick:
El señor Starkwedder tiene razón, Laura. Cuanto menos digas ahora, mejor. (*Comienza a caminar por la habitación*). Debemos ponernos en contacto con el Señor Adams de inmediato. (*A Michael*). Es nuestro abogado. (*Mira a la Señorita Bennet*). Llámalo ahora, Benny. (*La Señorita Bennet va hacia el escritorio*). No; utiliza el teléfono que está arriba. Laura, acompáñala. (*Laura la mira confundida*). Quiero hablar con el señor Starkwedder.

Laura:
Pero…

Sra. Warwick:
No te preocupes, querida. Haz lo que te digo. (*Laura y Benny salen. Dirigiéndose a Michael*). No sé de cuánto tiempo disponemos. Quiero que me ayude.

Michael:
¿Cómo?

Sra. Warwick:
Usted es un hombre inteligente, y un extraño. Ha llegado a nuestras vidas desde el exterior, no sabemos nada de usted, no tiene nada que ver con ninguno de nosotros.

Michael:
(*Sentándose en un brazo del sofá*). Una visita inesperada, ¿eh?… Ya me lo han dicho antes.

Sra. Warwick:
Como usted es un extraño, voy a pedirle que haga algo por mí. (*Mira hacia la puerta, en tono apremiante*). Hasta esta noche, había una explicación razonable para esta tragedia. Un hombre al que mi hijo había hecho daño al matar accidentalmente a su hijo, había venido a vengarse. Sé que suena melodramático pero, después de todo, cosas así se leen en los periódicos.

Michael:
Si usted lo dice.

Sra. Warwick:
Pero me temo, que ahora no existe esa explicación, con lo cual, el asesinato de mi hijo vuelve a la familia. (*Se acerca al sillón*). Hay dos personas que no pueden haber disparado a mi hijo, y ésas son su esposa y la Señorita Bennet, pues estaban juntas cuando se produjo el disparo.

Michael:
¡¡Vaya!!

Sra. Warwick:
No obstante, a pesar de que Laura no pudo haber matado a su marido, puede saber quién fue.

Michael:
Eso la convertiría en cómplice. Ella y ese Julian Farrar, ¿a eso se refiere?

Sra. Warwick:
No. Julian Farrar no disparó a mi hijo.

Michael:
(*Levantándose del brazo del sofá*). ¿Cómo puede saberlo?

Sra. Warwick:
Lo sé. Voy a contarle a usted, un extraño, algo que nadie de mi familia sabe: soy una mujer a la que no le queda mucho tiempo de vida.

Michael:
Lo siento.

Sra. Warwick:
(*Levantando la mano para que se detenga*). No le digo esto para que me compadezca, sino para explicar algo que, en caso contrario, sería difícil de explicar. Hay veces, en las que uno elige una línea de acción, que no elegiría si le quedaran varios años de vida.

Michael:
¿Por ejemplo?

Sra. Warwick:

(*Mirándolo*). En primer lugar, tengo que explicarle otra cosa, señor Starkwedder, debo contarle algo sobre mi hijo. (*Se sienta en el sofá*). Yo quería mucho a mi hijo; de niño y durante su juventud, tenía muchas virtudes. Tenía éxito, era ingenioso, valiente, de carácter alegre, era una gran compañía. Tengo que reconocer que también tenía los defectos asociados con esas cualidades: le frustraban las limitaciones, los obstáculos. Tenía una veta cruel y una especie de arrogancia fatal. Todo funcionaba bien, siempre y cuando tuviera éxito, pero su carácter no le permitía enfrentarse a las adversidades, y hacía tiempo que yo venía observando ese declive. (*Michael se sienta en el escabel*). Si dijera que se había convertido en un monstruo, parecería una exageración, pero de alguna forma lo era, un monstruo egoísta, orgulloso y cruel. Como él había sufrido, sentía necesidad de hacer sufrir a los demás. (*Amargamente*). Así que todos comenzaron a sufrir por su culpa, ¿me comprende?

Michael:
Creo que sí.

Sra. Warwick:
(*Ahora dulcemente*). Pues bien, le tengo mucho cariño a mi nuera, es una chica de gran espíritu, bondadosa y fuerte. Richard la deslumbró, pero no sé si se enamoró realmente de él. De todos modos, he de reconocer que hizo todo lo que una esposa podía hacer para que la enfermedad e inactividad de Richard fueran soportables. (*Con voz triste*). Pero Richard, no quería su ayuda. A veces pienso que incluso la odiaba, quizás eso sea más natural de lo que pensamos. Así que, creo que me entenderá cuando le diga que al final, sucedió lo inevitable: Laura se enamoró de otro hombre.

Michael:
¿Por qué me cuenta todo esto?

Sra. Warwick:
Porque usted es un extraño. Todos estos amores, odios y tribulaciones, no significan nada para usted, así que puede escuchar sin verse afectado.

Michael:
Quizá.

Sra. Warwick:
Así que se llegó a un punto, en el que parecía que la única manera de resolver todas las dificultades, era con la muerte de Richard.

Michael:
Así que ¿la muerte de Richard era conveniente?

Sra. Warwick:
Sí.

Michael:
(*Hace silencio, se incorpora, apaga el cigarrillo, luego*). Perdóneme si soy tan directo, señora Warwick, pero ¿acaso se está confesando autora de un asesinato?

Sra. Warwick:
(*En tono brusco*). Voy a hacerle una pregunta, Señor Starkwedder. ¿Puede entender que una persona que haya concebido una vida, se sienta con el derecho de acabar con esa vida?

Michael:
(*Se pasea por la habitación reflexionando antes de contestar*). Se conocen casos de madres que han matado a sus hijos, sí, pero suele ser por alguna razón sórdida, un seguro por ejemplo, ¿la beneficia económicamente la muerte de Richard?

Sra. Warwick:
No.

Michael:
(*Michael asiente*). Disculpe mi franqueza…

Sra. Warwick:
(*Con aspereza*). ¿Comprende lo que intento decirle?

Michael:
Creo que sí. Dice que es posible que una mujer mate a su hijo. (*Se dirige al sofá*). Y usted me está diciendo, para ser

más exactos, que mató a su hijo. ¿Es sólo una teoría, o debo entender que se trata de un hecho?

Sra. Warwick:
No estoy confesando nada. Simplemente, estoy mostrándole cierto punto de vista. Es posible que surja una emergencia cuando yo ya no esté aquí para solucionarla. Si ello sucediera, quiero que tenga usted esto y lo utilice. (*Sacando un sobre y dándoselo*).

Michael:
(*Tomándolo*). Todo esto me parece muy bien, pero yo tampoco estaré aquí, regreso a Abadán para continuar mi trabajo.

Sra. Warwick:
(*Desechando la objeción*). Supongo que no estará desconectado de la civilización. Habrá radios, periódicos y otras cosas en Abadán.

Michael:
Sí, disponemos de todos esos lujos occidentales.

Sra. Warwick:
Entonces, guarde ese sobre. ¿Ve a quién está dirigido?

Michael:
Al comisario. (*Acercándose al sillón*). Pero no tengo muy en claro qué tiene usted en mente. Para ser mujer, sabe guardar muy bien un secreto porque, o bien cometió el asesinato usted misma o sabe quién lo hizo. Se trata de eso, ¿verdad?

Sra. Warwick:
(*Apartando la mirada*). No es mi intención discutir este asunto.

Michael:
(*Sentándose en el sillón*). Aún así, me gustaría saber qué tiene en mente.

Sra. Warwick:
Me temo que no se lo voy a decir. Como usted bien dice, soy

una mujer que sabe guardar bien un secreto.

Michael:
El asistente, el hombre que cuidaba a su hijo…

Sra. Warwick:
Angell. ¿Qué sucede con él?

Michael:
¿Es de su agrado?

Sra. Warwick:
No. La verdad, que no. Pero es eficiente, y Richard no era persona fácil de tratar.

Michael:
Supongo que no. Pero Angell lo soportaba todo, ¿no es así?

Sra. Warwick:
(*Secamente*). Valía la pena.

Michael:
(*Se para y comienza a caminar*). ¿Richard, tenía algo contra él?

Sra. Warwick:
¿Algo contra él? ¿Qué quiere decir? ¡¡AH!!, ya veo; ¿me pregunta si Richard sabía algo que pudiera perjudicar a Angell?

Michael:
Sí, eso quiero decir. ¿Tenía algún tipo de control sobre él?

Sra. Warwick:
(*Reflexionando*). No, creo que no.

Michael:
Me estaba preguntando…

Sra. Warwick:
Se pregunta si Angell mató a Richard. Lo dudo, lo dudo mucho.

Michael:

Ya veo que no la convence esa teoría. Es una lástima.

Sra. Warwick:
(*Tendiéndole la mano*). Gracias, señor Starkwedder. Ha sido usted muy amable.

Michael:
(*Divertido por la brusca actitud de la señora, le estrecha la mano. Con una sonrisa, se dirigió al escabel*): ¡¡Qué me zurzan!!… ¡¡Qué menuda mujer!!

Srta. Bennet:
(*Entrando en el estudio, Michael guarda rápidamente el sobre en el bolsillo. Ella parece disgustada y preocupada, se acerca al sofá*). ¿Qué le ha contado?

Michael:
(*Sorprendido*). ¿Qué quiere decir?

Srta. Bennet:
La señora Warwick, ¿qué le ha dicho?

Michael:
Usted parece disgustada.

Srta. Bennet:
Claro que lo estoy. Sé de que esa mujer es capaz.

Michael:
(*Mirándola con detenimiento*). ¿De qué es capaz? ¿De asesinato?

Srta. Bennet:
¿Eso es lo que ha intentado que usted creyera? Pues no es cierto.

Michael:
Bueno, uno nunca puede estar seguro; después de todo, podría ser verdad.

Srta. Bennet:
Pero no es así.

Michael:

¿Cómo puede saberlo?

Srta. Bennet:
Lo sé. ¿Acaso cree que hay algo que yo no sepa de alguna persona de esta casa? Hace años que trabajo para ellos, y los aprecio mucho a todos. (*Se sienta en el sillón*).

Michael:
¿Incluyendo al difunto Richard Warwick?

Srta. Bennet:
Solía apreciarle… hace un tiempo.

Michael:
(*Sentado en el escabel*). Prosiga.

Srta. Bennet:
Cambió. Se le torció el carácter, cambió totalmente, a veces podía ser un demonio.

Michael:
Sí, parece que todos están de acuerdo en eso.

Srta. Bennet:
Pero si lo hubiera conocido antes…

Michael:
Yo no creo que las personas cambien.

Srta. Bennet:
Richard, sí.

Michael:
No es así. (*Se pone de pie y comienza a caminar*). Creo que se equivoca, estoy convencido de que siempre tuvo un demonio en su interior. Yo diría que es una de esas personas que necesitaba ser feliz y tener éxito, porque si no era así… Esas personas, esconden su personalidad todo el tiempo que sea necesario, hasta conseguir lo que quieren pero, en el fondo esa veta mezquina siempre está allí. (*Se vuelve hacia la Señorita Bennet*). Apostaría a que su crueldad, siempre estuvo allí. Seguramente, era un bravucón en el colegio. Resultaba atractivo para las mujeres, como es natural, pues a éstas les

atraen los tipos duros. Yo diría que la caza mayor era una vía de escape para su sadismo. (*Mira por los ventanales*). Richard Warwick, debió ser un gran egoísta. Ésa es la impresión que tengo, por la forma en la que todos hablan de él. Disfrutaba haciéndose pasar por un hombre bondadoso, generoso, con éxito, encantador y todo los demás. Pero esa veta cruel, estaba allí, y cuando tuvo el accidente se arrancó la máscara y pudieron verlo como era en realidad.

Srta. Bennet:
(*Poniéndose de pie e indignada*). No creo que sea un asunto suyo. Usted es un extraño y no sabe nada.

Michael:
Quizás no, pero he oído muchas cosas. Por algo, todo el mundo acude a mí.

Srta. Bennet:
Sí, supongo que sí. De hecho, aquí estoy hablando con usted, ¿verdad? Eso es, porque no nos atrevemos a hablar entre nosotros. (*Con mirada suplicante*). Ojalá no tuviera que marcharse.

Michael:
Realmente, no he ayudado en nada, lo único que hice, fue entrar y descubrir el cadáver.

Srta. Bennet:
¿No fue Laura quién descubrió a Richard?… ¿O es que Laura y usted…?

Michael:
(*Sonriéndole*). Es usted muy astuta.

Srta. Bennet:
(*Clavándole la mirada*). Usted la ayudó, ¿verdad?

Michael:
Se está imaginando cosas.

Srta. Bennet:
No, no es así. Quiero que Laura sea feliz, no sabe cuánto lo

deseo.

Michael:
(*Exclama*). ¡¡Maldita sea, yo también!! (*Ella lo mira sorprendida*). En ese caso, tengo que… tengo… (*Se interrumpe al mirar por la ventana y descubrir a Jan con una pistola en la mano, le indica a ella que haga silencio*). ¿Qué estás haciendo?

Srta. Bennet:
(*Al ver a Jan, corre hacia el ventanal*). ¡¡Jan, dame ese arma!!

Jan:
¡¡Ven a buscarla!! (*Sale corriendo*).

Srta. Bennet:
(*Desesperada, sale corriendo tras de Jan*). ¡Jan! ¡Jan!

Laura:
(*Entrando en ese momento*). ¿Dónde está el inspector? (*Michael niega con la cabeza, Laura se acerca a él, implorante*). Michael, tienes que escucharme. Julian no ha matado a Richard.

Michael:
(*Fríamente*). ¿Eso es verdad? Te lo ha dicho él, ¿no es así?

Laura:
(*Desesperada*). No me crees, pero es cierto.

Michael:
Eso significa que tú le crees.

Laura:
No. Sé que es verdad. Verás, él pensaba que yo había matado a Richard.

Michael:
(*Mordaz*). No me sorprende, también lo creía yo, ¿no?

Laura:
(*Que parece más desesperada aún*). Él pensaba que yo había matado a Richard, era incapaz de asimilarlo, le hacía… le hacía verme de una manera diferente.

Michael:

(*Fríamente*). Pero, cuando pensaste que había sido él quien había matado a Richard, ¡¡ni te inmutaste!! (*Sonríe*). ¡¡Las mujeres son maravillosas!! (*Se acerca al sofá y se apoya en el brazo*). ¿Qué es lo que hizo que Farrar se perjudicara a sí mismo, diciendo que estuvo aquí anoche? ¡¡Y no me digas que se trata de un puro y simple amor a la verdad!!

Laura:
Fue Angell. Angell vio, o dice haber visto a Julian aquí.

Michael:
(*Con risa amarga*). Sí, creo detectar cierto aroma a chantaje, es un mal bicho ese Angell.

Laura:
Dice que vio a Julian justo después del disparo. ¡¡Estoy asustada!! El círculo se está estrechando. Tengo miedo.

Michael:
(*Tomándola de los hombros*). No tienes por qué estar asustada. Todo saldrá bien.

Laura:
(*Moviendo la cabeza*). No es verdad.

Michael:
(*Sacudiéndola ligeramente*). Todo saldrá bien, créeme.

Laura:
¿Sabremos alguna vez quién mató a Richard?

Michael:
(*La mira sin responder, se acerca al ventanal*). Tu Señorita Bennet, está segura de conocer todas las respuestas.

Laura:
Siempre está segura de todo, pero alguna veces se equivoca.

Michael:
(*Ve algo en el exterior y le hace señas que se acerque, ella corre y le toma la mano que él le tiende*). Mira, Laura. ¡¡Me lo imaginaba!!

Laura:
¿Qué sucede?

Michael:
¡¡SHHH!!

Srta. Bennet:
(*Entrando por la puerta del pasillo*). ¡¡Señor Starkwedder!! ¡¡Vaya a la siguiente habitación, el inspector está allí!! ¡¡Rápido!! (*Ni bien Laura y Michael salen por la puerta, se acerca a la puerta-ventana*). Vamos Jan, no juegues más. ¡¡Entra!! (*Espera junto al ventanal. Entra Jan con aspecto iracundo y triunfante a la vez*). Veamos, Jan, ¿de dónde has sacado eso?

Jan:
(*Beligerante*). Te creías muy lista, ¿verdad? Muy lista porque habías guardado las pistolas de Richard en el armario, bajo llave. Pero encontré una llave que abría ese armario. Ahora tengo una pistola, igual que Richard. Tendré una pistola y le dispararé a cosas. (*Levanta la pistola y le apunta a ella, que se estremece*). Ten cuidado, Benny. (*con una risita*). Quizá te dispare.

Srta. Bennet:
(*Tratando de no parecer asustada y en tono muy suave*). Tú no harías semejante cosa, Jan. Sé que no lo harías.

Jan:
(*Después de apuntar, baja la pistola, ella se relaja*). No, no lo haría. Claro que no lo haría.

Srta. Bennet:
Después de todo, no eres un niño insensato. Aunque ahora eres un hombre, ¿verdad?

Jan:
(*Esbozando una amplia sonrisa*). Sí, soy un hombre. Ahora que Richard ha muerto, soy el hombre de la casa.

Srta. Bennet:
Por eso, sé que no me matarías. Sólo matarías a un enemigo.

Jan:
(*Entusiasmado*). Exacto.

Srta. Bennet:
(*Eligiendo las palabras*). Durante la guerra, si pertenecías a la Resistencia y matabas a un enemigo, hacías una muesca en la culata de tu arma.

Jan:
(*Examinando la pistola*). ¿Ah, sí? ¿Eso hacían? ¿Había personas que tenían muchas muescas?

Srta. Bennet:
Sí. Había personas que tenían bastantes muescas.

Jan:
(*Lanzando una carcajada*). ¡¡Qué divertido!!

Srta. Bennet:
Claro que a algunas personas no les gusta matar, pero a otras sí.

Jan:
A Richard le gustaba.

Srta. Bennet:
Sí, a Richard le gustaba matar cosas. A ti también te gusta matar cosas, ¿verdad, Jan?

Jan:
(*Sacando una navaja del bolsillo, comienza a marcar la pistola, con cierta irritación*). Matar es emocionante.

Srta. Bennet:
Tú no querías que Richard te enviara lejos de aquí, ¿verdad, Jan?

Jan:
Dijo que lo haría. ¡¡Era un monstruo!!

Srta. Bennet:
(*Se coloca detrás de la silla donde está sentado Jan*). Una vez, dijiste a Richard, que lo matarías si te enviaba fuera.

Jan:
(*Indiferente*). ¿Ah, sí?

Srta. Bennet:
Pero, no lo mataste, ¿verdad?

Jan:
No, no lo maté.

Srta. Bennet:
Fue algo cobarde de tu parte.

Jan:
(*Con brillo malicioso en los ojos*). ¿Ah, sí?

Srta. Bennet:
Sí, creo que sí, decir que lo ibas a matar y luego no hacerlo… (*Camina alrededor del escritorio, mirando la puerta que da el interior*). Si alguien me amenazara con mandarme fuera, querría matarlo y lo haría.

Jan:
¿Quién dice que no fui yo?… Quizás fui yo.

Srta. Bennet:
(*Desdeñosa*). Ah, no, seguro que no fuiste tú. Sólo eres un niño, no te hubieras atrevido.

Jan:
(*Se levanta de la silla y grita*). ¿Crees que no me hubiera atrevido?… ¿Es eso lo que crees?

Srta. Bennet:
Claro que lo creo. (*Provocándolo en forma deliberada*). Está claro que nunca te hubieras atrevido a matar a Richard, para eso, tendrías que ser muy valiente y muy maduro.

Jan:
(*Se acerca al ventanal dándole la espalda*). Tú no lo sabes todo, Benny. No, Benny, no lo sabes todo.

Srta. Bennet:
¿Hay alguna cosa que yo no sepa? ¿Te estás burlando de mí,

Jan? (*Acercándose y mirando la puerta*).

Jan:
(*Gritando*). Sí, me estoy burlando de ti. Y lo hago, porque soy mucho más inteligente que tú… Sé cosas que no sabes.

Srta. Bennet:
¿Qué sabes tú que yo no sepa? (*Jan esboza una misteriosa sonrisa y se sienta en el escabel. Acercándose a él*). ¿No me lo vas a decir?; ¿no me vas a confiar tu secreto?

Jan:
(*Apartándose*). Yo no confío en nadie.

Srta. Bennet:
Me pregunto si es verdad que has sido muy inteligente.

Jan:
(*Soltando una risita nerviosa*). Empiezas a darte cuenta de lo listo que soy.

Srta. Bennet:
Quizás haya muchas cosas que desconozco sobre ti.

Jan:
Muchas. Y yo sé muchas cosas de todos los demás, pero no siempre las cuento. A veces, me levanto por la noche y deambulo por la casa, veo muchas cosas y encuentro muchas cosas, pero no las ventilo.

Srta. Bennet:
(*Cómplice*). ¿Tienes algún gran secreto ahora?

Jan:
(*Monta el escabel*). ¡¡Un gran secreto!! (*Con risa histérica*). Te asustaría si lo supieras.

Srta. Bennet:
¿De verdad? ¿De verdad me asustaría? ¿Tendría miedo de ti?

Jan:
(*Se desvanece su cara de júbilo y con voz muy seria*). Sí, tendrías mucho miedo de mí.

Srta. Bennet:
No sabía cómo eras en realidad, Jan. Ahora empiezo a comprenderlo.

Jan:
(*Desquiciado*). En realidad, nadie sabe nada de mí ni de las cosas que puedo hacer. El tonto de Richard sentado siempre allí, disparándole a los pájaros… Nunca pensó que alguien le dispararía a él, ¿verdad?

Srta. Bennet:
No. Ése fue su error.

Jan:
Si, ése fue su error. Pensaba que podía echarme de aquí, pero le di una lección.

Srta. Bennet:
¿Ah, sí?, ¿cómo?

Jan:
(*La mira con picardía*). No te lo voy a decir.

Srta. Bennet:
(*Suplicante*). Dímelo, Jan.

Jan:
(*Se para encima del sillón y se apoya la pistola en la cara*). No, no se lo voy a decir a nadie.

Srta. Bennet:
(*Se acerca a él*). Quizá tengas razón. Quizá pueda adivinar lo que hiciste, pero no voy a decirlo, porque ése es tu gran secreto, ¿verdad?

Jan:
(*Se baja del sillón y comienza a caminar*). Sí, es mi secreto. Nadie sabe cómo soy. (*Alterado*). Soy peligroso, más vale que tengan cuidado, soy peligroso.

Srta. Bennet:
(*Con mirada triste*). Richard no sabía lo peligroso que eras, debió de sorprenderse mucho.

Jan:
Sí, sí que se sorprendió. Puso cara rara y cuando acabó todo, inclinó la cabeza hacia delante, había sangre y no se movía. ¡¡Le enseñé una lección!! Ahora ya no me enviará fuera. (*Se sienta en el sofá mientras mueve la pistola de un lado a otro. Ella intenta contener las lágrimas*). ¡¡Mira!!… Mira, ¿ves? He hecho una muesca en la pistola.

Srta. Bennet:
¡¡Vaya!! (*Se acerca a él*). ¡¡Qué emocionante!! (*Intenta tomar el arma de la mano de Jan, él aparta su mano*).

Jan:
¡¡Ah, no!! ¡¡Eso sí que no!! (*Grita*). Nadie me va a quitar mi pistola. Si la policía intenta arrestarme, le dispararé.

Srta. Bennet:
No será necesario hacer eso. Eres tan inteligente que jamás sospecharán de ti.

Jan:
(*Grita jubiloso*). ¡¡La policía es tonta!! ¡¡La policía es tonta!! ¡¡Richard es tonto!! (*Se abre la puerta y entran el Inspector Thomas y el Sargento Cadwallader, Jan emite un grito de sorpresa y sale corriendo. La Señorita Bennet, se derrumba en el sofá llorando*).

Insp. Thomas:
(*Gritando al sargento*). ¡¡Tras él, rápido!! (*El sargento sale corriendo detrás ingresan al estudio Michael y Laura que va a mirar por el ventanal. Entra Angell y detrás la Señora Warwick que permanece inmóvil en la puerta, apoyada en su bastón*).

Insp. Thomas:
(*A la Señorita Bennet*). Vamos, vamos… no se ponga así. Lo ha hecho muy bien.

Srta. Bennet:
(*Con voz entrecortada*). Lo sabía desde el principio. Conozco a Jan mejor que nadie. Sabía que Richard lo estaba empujando demasiado lejos, y sabía que Jan se estaba volviendo

demasiado peligroso.

Laura:
(*Exhalando un suspiro*). ¡¡Jan!!… No, no… Jan no. (*Se acerca a la silla del escritorio y se sienta*). ¡¡No puedo creerlo!!

Sra. Warwick:
(*Fulminando con la mirada a la Señorita Bennet, con desdén*). ¿Cómo has podido, Benny? Pensé que al menos, tú serías fiel.

Srta. Bennet:
(*Desafiante*). Hay ocasiones en que la verdad, es más importante que la lealtad. Ustedes no veían, ningunos de ustedes, que Jan se estaba volviendo peligroso; es un chico encantador, muy dulce pero… (*No puede continuar. La Señora Warwick, con pasos lentos avanza hasta el sillón, se sienta y permanece con la mirada ausente*).

Insp. Thomas:
Pero hay veces en las que, al superar determinada edad, se vuelven peligrosos porque ya no comprenden lo que hacen, no disponen del juicio ni del control de un adulto. (*Se acerca a la Señora Warwick*). No se preocupe, señora, yo me encargaré de que lo traten con consideración, creo que podrá establecerse con facilidad que no era responsable de sus acciones, lo cual significa que se lo confinará en un lugar confortable. Usted sabe que esto hubiera sucedido pronto de todos modos. (*Sale de la habitación*).

Sra. Warwick:
(*A la Señorita Bennet*). Ya sé que tienes razón. Disculpa, Benny. Dices que nadie más sabía que era peligroso, pero no es cierto. Yo lo sabía, pero era incapaz de hacer nada al respecto.

Srta. Bennet:
Alguien tenía que hacer algo al respecto. (*Se hace silencio. Regresa el inspector*).

Sgto. Cadwallader:
¡¡Señor!! (*Todos reaccionan y tratan de aproximarse a el*

sargento que trae su mano envuelta en un pañuelo ensangrentado).

Insp. Thomas:
¿Qué diablos ha sucedido?

Sgto. Cadwallader:
(*Con voz entrecortada*). Tengo que contarle algo terrible. (*Michael le ayuda a entrar y con pasos vacilantes se sienta en el escabel, el inspector se aproxima*).

Insp. Thomas:
¡¡Su mano!!

Michael:
Yo me ocuparé de eso. (*Toma la mano del sargento, le retira el pañuelo ensangrentado y le coloca el suyo*).

Sgto. Cadwallader:
Se estaba formando una capa de niebla. Era difícil ver con claridad. Me disparó en la carretera cerca del bosquecillo. (*Laura, con expresión horrorizada se acerca al ventanal*). Me disparó dos veces, y la segunda me dio en la mano (*La Señorita Bennet se lleva la mano a la boca*). Intenté sacarle la pistola, pero me vi limitado por la mano…

Insp. Thomas:
¿Y qué sucedió?

Sgto. Cadwallader:
Forcejeamos, tenía el dedo en el gatillo, y se disparó. La bala le atravesó el corazón, está muerto. (*Se hace un sombrío silencio. Laura, sentada en la silla del escritorio, clava la mirada en el piso. Michael, comienza a caminar*).

Insp. Thomas:
¿Está seguro de que está muerto?

Sgto. Cadwallader:
Lo estoy. Pobre muchacho, me gritaba desafiante mientras disparaba, como si disfrutara con ello.

Insp. Thomas:

(*Yendo hacia los ventanales*). ¿Dónde está?

Sgto. Cadwallader:
Lo acompañaré hasta el lugar.

Insp. Thomas:
No, usted se queda aquí.

Sgto. Cadwallader:
Me encuentro bien, puedo aguantar hasta que regresemos a la comisaría. (*Sale tambaleando hacia la terraza*). «Uno no debería de tener miedo, cuando está muerto». Es de Alexander Pope (*Sacude la cabeza y sale*).

Insp. Thomas:
(*A la Señora Warwick y los presentes*). No puedo decirle cuánto lo siento, pero quizás fuera la mejor solución. (*Sale detrás del sargento*).

Sra. Warwick:
(*Con furia y desesperación*). ¡¡La mejor solución!!

Srta. Bennet:
(*Suspirando*). Sí, es lo mejor. Ahora es libre, pobre muchacho. (*Ayuda a levantarse a la Señora Warwick*). Vamos, querida, esto ha sido demasiado para usted.

Sra. Warwick:
(*La mira y murmura*). Iré… iré a recostarme. (*Comienzan a salir*).

Michael:
(*Extrayendo el sobre de su bolsillo*). Señora Warwick, creo que es mejor que le devuelva esto.

Sra. Warwick:
Sí, ya no será necesario. (*Salen ambas*).

Angell:
(*Que estaba cerca del ventanal, se acerca a Laura*). Si me lo permite, señora. Quisiera decirle cuánto lo siento. Si puedo hacer cualquier cosa, sólo tiene que…

Laura:
(*Sin alzar la vista*). No precisamos más de su ayuda. Angell. Recibirá un cheque por los servicios prestados y quisiera que abandonara esta casa hoy mismo.

Angell:
(*Sin ninguna emoción*). Sí, señora. Gracias. (*Sale*).

Michael:
(*Mirando a Laura*). ¿No vas a denunciarlo por chantaje?

Laura:
(*Con cansancio*). No.

Michael:
Es una lástima. Supongo que será mejor que me marche. Voy a despedirme… No sufras demasiado.

Laura:
(*Con emoción*). Pues sí.

Michael:
¿Por qué lo querías?

Laura:
Sí, y porque ha sido por mi culpa. Richard tenía razón, tendríamos que haber enviado al pobre Jan a algún lugar, encerrarlo allí, donde no pudiera hacerle daño a nadie. Fui yo la que no lo permití, así que por mi culpa asesinó a Richard.

Michael:
(*Secamente*). ¡¡Vamos, Laura, no dramatices!! Richard murió porque se lo merecía; podría haberse mostrado amable con el muchacho, ¿no? No te tortures, lo que tienes que hacer ahora, es ser feliz, feliz por siempre jamás, como dicen los cuentos.

Laura:
¿Feliz? ¿Con Julian? ¡¡No sé cómo!! Ya no es lo mismo.

Michael:
¿Quieres decir que entre tú y Farrar?

Laura:
Sí, cuando pensaba que Julian había matado a Richard, las cosas no cambiaron para mí, seguía queriéndolo igual… Incluso, hasta estaba dispuesta a decir que lo había hecho yo.

Michael:
Lo sé. ¡¡Qué ingenua!! ¡¡Cómo les gusta a la mujeres hacerse las mártires!!

Laura:
(*Con vehemencia*). Pero cuando Julian pensó que lo había hecho yo, cambió su actitud hacia mí, por completo. Es cierto que intentó comportarse con decencia y no incriminarme, pero eso es todo. (*Se sienta en el escabel, desilusionada*). Ya no me quería.

Michael:
(*Acercándose a ella*). Mira, los hombres y las mujeres no reaccionan de la misma manera. Los hombres son más sensibles y las mujeres más duras. Un hombre no puede tomarse un asesinato a la ligera pero, al parecer, una mujer sí. Lo cierto, es que si un hombre comete un asesinato por una mujer, la mujer lo apreciará más, pero un hombre es diferente.

Laura:
(*Mirándolo*). Tú no sentiste lo mismo cuando pensaste que yo había matado a Richard. Me ayudaste.

Michael:
(*Desconcertado*). Eso fue diferente. Tenía que ayudarte.

Laura:
¿Por qué?

Michael:
(*No contesta de inmediato. Con voz queda*). Todavía quiero ayudarte.

Laura:
¿No te das cuenta de que volvemos a encontrarnos en el punto de partida? En cierta manera fui yo quien mató a

Richard porque… porque me obcequé con el tema de Jan.

Michael:
(*Sentándose en el escabel*). Eso es lo que te corroe por dentro, ¿no es así? Saber que Jan mató a Richard, pero no tiene por qué ser necesariamente cierto.

Laura:
(*Lo mira escrutadoramente*). ¿Cómo puedes decir eso? Yo lo oí, todos lo oímos, Jan lo confesó, alardeó de ello.

Michael:
Es cierto. Sí, lo sé, pero ¿cuánto sabes acerca del poder de la sugestión? Tu querida Señorita Bennet jugó muy bien con Jan, consiguió que se alterara, no puede negarse que el muchacho era muy influenciable, y le agradaba la idea, como a muchos adolescentes, de tener poder, incluso de ser un asesino. Benny le colocó el anzuelo delante y él lo mordió. Había matado a Richard y había grabado una muesca en la pistola, así que era un héroe. (*Se para*). Pero tú no sabes, nadie sabe, si lo que dijo era verdad.

Laura:
¡¡Dios Santo!! ¡¡Pero, si le disparó al sargento!!

Michael:
Sí, realmente era un asesino en potencia. Es posible que le disparara a Richard, pero no puedes estar segura, quizá… quizá fue otra persona.

Laura:
Pero ¿quién?

Michael:
La Señorita Bennet quizá. Después de todo, les tiene mucho aprecio. Quizá pensó que sería lo mejor para todos. Quizá incluso la Señora Warwick, o tu amante Julian, que después fingió pensar que lo habías hecho tú, una estrategia muy inteligente.

Laura:
(*Se levanta*). Realmente no crees lo que estás diciendo, sólo

intentas consolarme.

Michael:
(*Exasperado*). Mi querida amiga, cualquiera pudo haber disparado a tu marido, incluso MacGregor.

Laura:
¿MacGregor? Pero si está muerto.

Michael:
Claro que está muerto. Tenía que estarlo. (*Va hacia el extremo del sofá*). Mira, voy a demostrarte como MacGregor pudo haber sido el asesino. Digamos que decidió matar a Richard en venganza por el accidente en que falleció su hijo. (*Se sienta*). Pues bien, primero debe desprenderse de su propia identidad. No debía ser difícil para él, fingir su fallecimiento en algún lugar remoto de Alaska. Le costaría algo de dinero y algún testimonio falso, es obvio, pero esas cosas pueden arreglarse. Después, cambia de nombre y se forja una nueva identidad en otro país, con otro trabajo. (*Laura se sienta en el sofá, cierra los ojos, respira hondo, los abre nuevamente y lo mira*). Se mantiene al día de lo que sucede aquí. Sabe que ustedes abandonan Norfolk y se vienen aquí. Comienza a elaborar un plan. Se deja la barba, se tiñe el cabello y todo eso. Entonces, en una noche de bruma, se dirige aquí. Digamos que todo sucedió así. (*Se para y va hacia los ventanales*). Imaginemos que MacGregor le dice a Richard: «tengo una pistola y tú también. Lo haremos como un duelo. Contaremos hasta tres y disparemos los dos. He venido a vengar la muerte de mi hijo». (*Laura lo mira horrorizada*). ¿Sabes?, estoy seguro de que tu marido, no era tan buen deportista como crees. Estoy seguro de que disparó antes de contar hasta tres. Dices que tenía muy buena puntería, pero esta vez falló, y la bala salió por aquí, (*señalando la terraza*) hacia el jardín donde hay infinidad de balas. Pero MacGregor no yerra el tiro: dispara y lo mata. Deja caer la pistola, toma la de Richard, sale por el ventanal y regresa después.

Laura:
¿Regresa?… ¿Por qué regresa?

Michael:
(*La mira unos instantes sin responder, toma aliento*). ¿No te lo imaginas?

Laura:
(*Sorprendida*). No, no tengo ni la menor idea.

Michael:
(*Mirándola fijamente*). Bien, supongamos que MacGregor tiene un accidente con su coche y no puede huir. ¿Qué más puede hacer? Sólo una cosa: venir a la casa y descubrir el cuerpo.

Laura:
(*Con voz entrecortada*). Hablas… hablas como si supieras exactamente lo que sucedió.

Michael:
(*Incapaz de contenerse*). ¡¡Claro que lo sé!! (*Vehemente*). ¿No lo comprendes?… ¡¡Yo soy MacGregor!! (*Se apoya en la pared moviendo la cabeza con desesperación*).

Laura:
(*Levantándose incrédula, se acerca a él sin comprender todavía*). Tú… tú…

Michael:
(*Se acerca a ella con lentitud*). Jamás pensé que sucedería esto. Quiero decir, encontrarte a ti y descubrir que me importabas y que… ¡¡Dios Mío!! ¡¡Es inútil!! (*Mientras ella le mira sin poder reaccionar, aturdida, toma su mano y la besa en la palma*). Adiós Laura. (*Sale rápidamente por el ventanal*).

Laura:
(*Reaccionando*). ¡¡Espera!!… ¡¡espera!!… ¡¡Vuelve!!… (*Comienza a sonar una sirena*). ¡¡Vuelve Michael!! ¡¡Regresa, te lo suplico!! ¡¡Tú también me importas!!

(Laura escucha con atención, pero sólo oye el motor de un auto que arranca y se aleja. La sirena sigue sonando, mientras ella, como sonámbula, se sienta en el sofá y rompe a llorar).

APAGÓN FINAL

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de
23 000
representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max

Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.